

ROMA:

APROPÓSITO DE LAS ELECCIONES.

Hé aquí el aspecto que, al igual de las populares ciudades de Bélgica y de Inglaterra en días de elecciones, ofrece hoy la ciudad de Roma: nadie se ocupa más que de elecciones: fijadas en las esquinas de las calles, se leen candidaturas impresas con grandes caracteres, los periódicos publican suplementos, y la muchedumbre, recién llegada, se agita al rededor de las trece secciones, dispuesta á depositar su voto en las urnas.

Verdad es, que la masa de los Romanos permanece del todo indiferente á esa agitación. Esta mañana las iglesias estaban materialmente llenas de fieles, quienes no pierden lastimosamente el tiempo en votar por tal ó cual candidatura. Muchas personas que, con motivo de las elecciones, temian disturbios, han aprovechado la oportunidad de un hermoso día primaveral, para salir á disfrutar del campo.

Mas de cualquier modo que sea ¿cómo no hablar de elecciones, ocupando ellas, en la vida política revolucionaria, un puesto tan señalado! Verdad es, que la agitación que producen, contrasta singularmente con los hábitos sosegados de la vida cristiana; pero ¿qué le hemos de hacer? La revolución manda, y quíerese, ó no, tenemos que sufrir sus saturnales.

Las elecciones son, desde luego, en manos de los sectarios, un elemento de disolución; un torrente que engulle y arrebatla las reputaciones; torrente espantoso, cuyas inundadas aguas se extienden é inundan todo el país: aun los mismos candidatos, no solo se ven expuestos á las burlas mas soeces; sino que, con frecuencia, se les acusa de actos

vergonzosos, y hasta se les persigue y acusa, por enemigos despiadados, cual si fueran bestias feroces.

Esta mañana ha sido necesario, que agentes de orden publico, hiciesen borrar las indecentes inscripciones fijadas por los sectarios en diferentes puntos; inscripciones, hasta tal punto indecorosas, que no le es licito á ningún periódico reproducirlas.

Pero tal es el derecho de la libertad moderna, libertad, que no es más que absolutismo antiquísimo; con la diferencia, no obstante, de que el absolutismo que ántes residía en la autoridad de un César, hoy reside en la de una muchedumbre salvaje, que descarga sus iras sobre cuantas cabezas le estorban, y clava el puñal en el corazón de cuantos se oponen á su brutalidad. Los revolucionarios no quieren monarquía; mas confieren á la libertad el título de RIXA... Si; la libertad demagógica es ahora la reina absoluta del mundo, y cuenta entre los ministros de sus altas obras, con la prensa—prensa dócil, que dejándose llevar por sus excesos de celo, aterriza á todas las personas honradas.

Tengase en cuenta, que la práctica de esas elecciones supone, en los hombres políticos, uno de los defectos más vergonzosos, el defecto, del cinismo; y es lo cierto, que á ese defecto, deben su vida, pareciéndose así al enfermo, que tomara dosis de veneno para prolongar su existencia.

Cuando un hombre acepta la candidatura de un colegio electoral, de antemano sabe la suerte que le espera: no ignora, que se ata á un poste, con la irrevocable resolución

de tener que soportar los ultrajes, las injurias, las acusaciones, las calumnias de todo género. Será rigurosamente escudriñado, así su pasado como su presente: su rostro, cubierto de salivazos; mas ¿qué importa? su ambición los enjugará; su cuerpo será magullado, desgarrado, acribillado de dardos envenenados; mas la diputación, una cartera, quizás, aplicará á sus llagas un bálsamo consolador y presto las cicatrizará. El cinismo político todo lo arrastra, y de todo triunfa.

El sistema que nos rige—sistema anticristiano, y, por consiguiente, anti-social—no da cabida en su seno sino á los grandes personajes. La celebridad no es más que un accidente del día, que hoy ostenta su renombre, para caer mañana en el fango más inmundo, donde yacen los héroes de ayer.

Hé ahí las reflexiones que nos han inspirado las elecciones políticas: elecciones á las cuales el elemento cristiano—si pudiera intervenir—daría una fisonomía civilizada; pero que, en el estado actual de costumbres, son el combate de los deseos inmoderados y de las pasiones más vulgares.

E.

(Journal de Florence, 10 de Noviembre 1873).

GARIBALDI DIPUTADO.

• El héroe de ambos mundos acaba de obtener una brillante victoria en el primero y quinto colegios de Roma. Ha reunido una mayoría de sufragios abrumadora, contra sus competidores. Si su nombre no ha sido todavía proclamado, no está la falta en los que han intervenido, sino en el partido de abstención. Habiéndose abstenido con firmeza invencible de acercarse á las urnas, las cuatro quintas partes de electores, la revolución se ha visto en la necesidad de tener que pasar por debajo de las horcas caudinas del escrutinio. Mas por esto, la elección de Garibaldi no es menos cierta: se proclamará su nombre el domingo próximo inmediato, y será otro de los representantes de Roma.

Apenas el decano y Gran Oriente de la Masonería Italiana consintió en su candidatura, pusimos nosotros de relieve este hecho, y le atribuímos el valor que, en realidad, tiene, aunque algunos digan lo contrario. Firmemente resueltos á no inmiscuirnos, poco ni mucho, en los entredos de las elecciones, creímos, no obstante, que era deber nuestro, fijar nuestra atención en esta candidatura, y ocuparnos de ella. La elección de Garibaldi para diputado de Roma, es un acontecimiento trascendental, acerca del cual nos parece este momento el más oportuno, para manifestar todo lo que de él pensamos.

Garibaldi, que pretende librar la tierra del yugo de los sacerdotes, es el hombre más dócil á los mandatos de la secta. El sabe, que á la secta debe toda su popularidad. La secta ordena, y él obedece. Ella le puso, contra su voluntad, al frente de la expedición de los Mil. Ella le decidió, ultimamente, á marchar contra la Prusia; porque temia entonces—pero después ha enmendado su error—que el triunfo del despotismo del Rey Guillermo pudiera perjudicar á sus intereses. La logia intimó al ermitaño, que abandonase su retiro; y lo abandonó al instante; luego le mandó regresar á él, y sin titubear, regresó.

Una sola vez, en su vida, quiso obrar por su propia voluntad: el humo del incienso se sube hasta la cabeza, y, en este punto, Garibaldi, no es superior á ningún otro mortal, para no desvanecerse y engreirse con los aplausos. No obstante las disensiones, que reinaban en los antros del Arle Real, y la desaprobación de la mayoría de los adeptos, decidió marchar sobre Aspromonte. La bala que le hirió en el talon le desilusionó, y le dió á conocer la justa medida de su poder. M. Bertani, su amigo y su jefe de estado mayor en muchas empresas, no disimuló en Turín, en pleno Parlamento, la causa de su desgraciado suceso. «El General Garibaldi comprenderá, de hoy más, dijo, los peligros que corre, cuando quiera ponerse á la cabeza de una división de voluntarios, sin haberse puesto de antemano de acuerdo con su propio partido.» Leed: la Masonería.

Segun las órdenes recibidas, Garibaldi estaba condenado á no volver á figurar en la vida política. Mientras tanto, que la secta ha creído tener necesidad de Victor Manuel, para ejecutar sus designios, su mandato, con respecto á Garibaldi, ha sido rigurosamente

cumplido. Al efecto, tres satélites vigilaban de día y de noche al *héroe*: entre tanto, el ermitaño pudiera haberse entregado, con provecho propio, á placeres literarios ó artísticos; más, lejos de esto, dedicaba sus ocios á ultrajar la decencia, por medio de epístolas contra el Papa, ó á ultrajar el buen sentido con los libros titulados: *Cantoni il volontario*, y los *Mil*.

La misión del *héroe de ambos mundos*, habría terminado de esta suerte su papel, si Victor Manuel hubiese podido volver á empezar el suyo. Mas la victoria de Sedan engendró dos repúblicas, arrojándolas en los brazos de Europa—la francesa, y la española—; y la usurpación de Roma ha inutilizado á un rey para los designios de la secta. Las logías, que tenían extrema necesidad de una corona, para que el mundo monárquico aceptase, sin estremeceerse, la caída del poder temporal del Papa, se preguntan, ¿por qué la Italia no ha de imitar los ejemplos de Francia y España?

Desde el 20 de setiembre, la mayoría se ha dividido, poco á poco, en las guardias sectarias, y el partido republicano tiene mayoría. El *héroe de ambos mundos* ha salido otra vez á luz, y se ha podido observar, en estos últimos años, un cambio en el objetivo de los epístolas disonantes, con que suele adornar sus epístolas. Ya no los dirige exclusivamente contra el Vaticano; alcanzan también al Quirinal: ya no son solo los sacerdotes los vampiros, que chupan la sangre del pueblo; también desangra á éste el sistema, la *consorteria*, el execrable partido monárquico.

Llegada la hora de las elecciones generales, la secta se ha decidido á sacar á Garibaldi de su retiro, para presentarle acapillado y con traje nuevo—en el gran salon de Montecitorio. Garibaldi lanza su brotote: la carta contra el gobierno, en la cual recosiona á los patriotas, la elección en masa de todos los encarcelados en la quinta Ruffi, y procesados como *conspiradores comunales*.

Nadie ignora, que el *héroe* es el porta estandarte de la república. Entre él y la monarquía, toda transacción es imposible. El ha anunciado ya, que se presentará en Roma, cuando lo crea necesario. ¿Quién será el juez de esta necesidad? ¿Quién ignora, que el observatorio de Caprera es el lugar del mundo menos á propósito para formar juicio exacto de las exigencias políticas? Así, pues,

abandonará la ista cuando la secta crea que ha llegado el momento oportuno de dar un gran golpe. Porque en cuanto á él, instrumento dócil, aguarda las órdenes, como siempre, sin tal vez darse cuenta á sí mismo, de esa necesidad, de que habla tan misteriosamente.

Otros personajes, tanto mas poderosos, cuanto más oscuro es su nombre, están encargados de examinar la cuestión en los misterios de las Logías. Cuando Garibaldi vaya á Roma, será porque aquellos habrán decidido que vaya, con el objeto de atacar al Vaticano, puesto que ésta es la gran necesidad de la secta anticristiana: hundir el palacio del Papa, para sepultar al mismo tiempo, debajo de sus ruinas, el Quirinal.

El atentado—por espantoso que sea—ha sido precedido de tantos otros atentados, que ha llegado á ser el más fácil de todos. Cuando nada ha quedado en pie, en el orden moral, cuando los nombres de Dios, de fe, de virtud, de derecho, de deber, de justicia, de tratados, de honor, no tienen ya sentido alguno; el único obstáculo, que se opone al crimen, es la dificultad material de realizarlo. La secta, que ha hecho el viaje de Turin á Roma—mil kilómetros, guarismo redondo—¿no pudiera satisfacer su capricho de dar otro paseo, entre el Montecitorio, y la plaza de San Pedro?

Imagínese, sino, un día de interpelación sobre una cuestión ardiente; la ley de las garantías, por ejemplo. La secta comunica la palabra de orden: sus legiones ya están todas sobre las armas; sus adiestros llenan las tribunas públicas; desbordan en las escaleras, invaden los corredores, se instalan en el patio del palacio, y se estacionan en masas revueltas y frenéticas en la gran plaza, y al rodeo del recinto parlamentario.

Las cosas en este punto, se levanta la sesión. Garibaldi se presenta á la muchedumbre: óyese entonces un grito: «al Vaticano!» se arrastra al *héroe*, se le empuja, y el inmenso alud humano le sigue. ¿Quién contendrá á esta multitud?

Al día siguiente se dirá, que la irresistible opinión pública ha ejercido otra de sus justicias memorables, y asunto concluido!

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

Nos escriben últimamente de Roma.

Las previsiones del *Journal de Florence* se

cumplen al pie de la letra. El nombre de Garibaldi ha salido triunfalmente de la urna, en el escrutinio, que ha terminado ya, en la hora que escribo estas líneas. El Gr.: Or.: de la Masonería italiana ha recibido de dos colegios, á la vez, el derecho de representar á la ciudad sagrada en el palacio de Montecitorio.

Este es el paso dado en la senda del cumplimiento de las previsiones consignadas por nuestro muy amado director, en su artículo: *Garibaldi diputado*; esto es todavía adelantar un paso en el asalto definitivo que la secta prepara contra la Iglesia. Las creencias de esta elección están á la vista de toda la Europa. La secta lo tiene todo preparado: sus jeffes invisibles aguardan al jeff visible en Roma, para lanzarlo contra el Vaticano. Y esto es tan evidente, que hasta los mismos periódicos oficiosos, lejos de contradecirlo, á su manera, han confesado la verdad de nuestras previsiones.

Con profunda tristeza debo confesar, que las revelaciones contenidas en dicho artículo, no han producido, hasta la hora presente, en el extranjero, el movimiento de emoción que debía esperarse. Ignoro completamente lo que se piensa en los gabinetes extranjeros; mas la opinión pública de toda la cristiandad no debiera comoverse al considerar la difícil situación, que se acaba de crear al Padre Santo? Sin embargo, no cabe decir, que sean exageradas nuestras apprehensiones, puesto que el partido gubernamental participa de ellas. ¿Se supondría, acaso, que la secta, después del ruidoso triunfo, que ha obtenido, se detendrá en la mitad del camino?...

Anunciando el peligro, hemos cumplido con nuestro deber, y esto nos basta.

E.

(*Journal de Florence*, 10 de Noviembre 1874.)

ROMA

UNA ANTIGUA CARTA DE GARIBALDI.

Nuestro colega, la *Libertá*, cree descargado un golpe terrible contra el partido republi-

cano, exhumando la carta que escribió Garibaldi, el 7 de Setiembre 1870, en la vispera de la partida del *héroe* para Francia.

Gustosos de acudir en auxilio de dicho periódico, hemos resuelto traducir la mencionada carta. HeLa aqui.

Caprera, 7 de Setiembre 1870.

Amigos míos:

Ayer os declaré guerra, hasta el último trance, á Bonaparte. Hoy os digo: sostened, por todos los medios, la república francesa. Yo, inválido, yo, ofrezco mis servicios al Gobierno provisional de París; y me lisonjeo, de que no desfalleceré en el cumplimiento de mi deber.

Si, conciudadanos; nosotros debemos considerar como un deber sagrado, el auxillar á nuestros hermanos de Francia.

Nuestro objeto no es, por cierto, combatir á nuestros hermanos de Alemania, que han sido el instrumento de la Providencia, para derribar por tierra al incubo de la tiranía, que oprimía al mundo, SINO IR Á SOSTENER EL ÚNICO SISTEMA, QUE PUEDE ASEGURAR LA PAZ Y LA PROSPERIDAD DE LAS NACIONES.

Os lo repito: sostened á todo trance la república francesa, que, alocionada con lo pasado, será siempre una de las mas firmes columnas de la regeneración del linaje humano,

GARIBALDI

Perderíamos el tiempo, si tratáramos de recordar el severo juicio, que respetables políticos han formado de la expedición de Garibaldi, que tan útil fué á Prusia, como perjudicial á Francia. Hubo en ello toda una intriga, cuyos horrores veremos, cuando el tiempo descorra el velo que los cubre. Si la Prusia no hubiese hallado favorable á sus miras aquella extravagante empresa, poco le hubiera costado significar á Italia la orden de detener á Garibaldi, y á sus... amigos: orden, que la Italia no hubiera, de seguro, desobedecido. Mas, pasemos á lo esencial.

Lo que importa es, poner en claro la deducción que la *Libertá* pretende sacar de la mencionada carta, en provecho de la causa monárquica.

La *Libertá* nada encuentra digno de censura en la opinión de Garibaldi sobre la república. Cada uno es dueño de ver, ó no, en esa forma de gobierno, el único medio de

asegurar el bien público. Pero ¿cómo los diputados: M. Seismt-Doda, presidente del comité garibaldino del primer Colegio, y M. Mancini, presidente de la sociedad progresista, pueden colocarse a la cabeza de los promotores de la elección de Garibaldi?

La izquierda parlamentaria no cesa de repetir, que la oposición es legal, que nada tiene de hostil a la monarquía; y, no obstante, la izquierda aprovecha con gusto todas las ocasiones de inculcar la idea republicana. ¿Que sucedería, si la Corona quisiera probar, que no es un partido, según se dice, llamado la izquierda ministerial? Hablando de buena fe, la izquierda ¿tiene derecho a la confianza del rey? ¿Por que los electores moderados dan su voto a Garibaldi? Porque se les ha dicho, que Garibaldi era amigo del rey, y que votaría por el Gobierno.

Pues bien; ahí está la carta de Garibaldi, méditese: se trata de la causa de Italia.

Nada más fácil que volver contra la Libertad el argumento, de que los moderados oficiales se servían antes de apoderarse de Roma: entonces no se quería destruir la soberanía temporal del Papa. M. Visconti Venosta, y otros aseguraban, que apoderándose ellos de Roma, sería respetado el derecho de gentes.

Después, en el momento mismo de violar ese derecho de gentes, que se había prometido respetar, se declaraba, que no se atendería contra las Ordenes religiosas, ni a la economía de la monarquía espiritual del Papa.

¿En que se han convertido esas promesas, esos juramentos, esas declaraciones, tan solemnemente repetidas?

La izquierda de la Cámara, se halla enfrente de la monarquía, y toma la misma actitud que habían tomado los moderados frente a frente del Papado. ¿Presume, acaso, la Libertad que la Providencia reserva para su partido privilegios y gracias, que de modo alguno ha merecido?

La revolución es un plano inclinado; otros la llaman un precipicio. Preciso es correr ó deslizarse por ese plano inclinado: la habilidad consiste en retardar el movimiento, y esto es lo que hacen los ministros italianos. Nadie puede asegurar, que la secta, imaginando y estableciendo las monarquías constitucionales, no haya querido echar un puente para pasar a la república.

Tiempo hace, que se halla sobre el puente, y no trata ya, sino de pasarlo, y, después, hundirlo.

Pero la república lleva a la *Commune*, y la *Commune* conduce a la república federativa, es decir, a la más completa división de la unidad.

Todas esas cosas, son lugares comunes políticos, que la Libertad no debiera ignorar. Sus lectores, más inteligentes de lo que ella supone, no se dejan engañar: saben perfectamente, que, votando a Garibaldi, votan contra la monarquía. Es del todo falso, que se haya dicho a los electores, que Garibaldi es amigo del Rey, y que apoyará al Gobierno. ¿Cómo atreverse a imprimir semejantes absurdos, cuando en la carta de Garibaldi, llegaba pasión, contra la monarquía, hasta el delirio?

Si pudiéramos tomar por lo serio la argumentación del periódico oficioso, fuera preciso negar a las elecciones políticas del 1.º de Noviembre, el carácter, que las hemos señalado, y ni el gobierno, ni consortes tendrían, entonces, de qué alarmarse.

La carta del 7 de Setiembre 1870, a los Amigos, no hubiera debido recordarse, pues asegura nuevos votos a Garibaldi: es una falta imperdonable.

E.

(Del Journal de Florence. 15 de Noviembre 1871.)

DONATIVO A GARIBALDI.

I.

Acerca de este asunto, no hay polémica, puesto que reina un perfecto acuerdo entre la prensa y el Parlamento. Tanto la prensa como el Parlamento opinan, que habiendo Garibaldi dado un reino a la monarquía de Saboya, la nación le debe un donativo digno de él, digno de sus servicios, de su gloria, etc.

Pues bien, para proceder con justicia, no es la nación, sino la monarquía la que debe hacer el donativo. La monarquía ha recib-

do, según se dice, mucho, y lo conserva todavía, cuando la nación, no solo no ha recibido nada; sino que, por el contrario, ha sido condenada a pagar el doble, triple, y cuadrúpulo, de lo que pagaba antes del donativo de Garibaldi a la monarquía. Ciertamente, que, a consecuencia de este donativo, algunos centenares de patriotas se han enriquecido, y hecho millonarios unos cuantos, que, poco há, nada poseían; pero no lo es menos, que la gran masa de contribuyentes, los hombres honrados, pagan una suma de impuestos, diez, quince y veinte veces superior a la de los tiempos de la tiranía de los príncipes legítimos. Esta es la pura verdad.

Trátase aquí de dos donativos: el uno, verificado ya, el de Garibaldi a la monarquía; el otro, ahora en cuestión, es el de la nación a Garibaldi. Pues bien, mirando con imparcialidad el asunto, lo repito, la nación nada debe a Garibaldi; en todo caso, la monarquía es la que debe a éste un reino. Nunca se persuadirá a la nación, de que a ella le corresponde pagar una deuda de gratitud, solo porque así place al Parlamento y a la prensa, admitir la necesidad ó la conveniencia de un donativo a Garibaldi. La nación no es tan tonta!

No obstante, como a tal se la trata, preciso es confesarlo. A su pesar, ó a consecuencia de la lealtad y de la solemnidad de los plebiscitos, ella ha pasado, de las manos honradas y paternas de sus antiguos príncipes, a la áspera y codiciosa dominación de los revolucionarios; se la conduce a paso rápido hacia la servidumbre pagana; mas, no importa! no es tan bestia todavía como se quería que lo fuese.

No pretendo sostener, por esto, que no debiendo la nación nada a Garibaldi, la monarquía venga obligada a hacerle un donativo cualquiera. En mi concepto, la monarquía es el único juez competente, acerca de la conducta que le corresponde observar en todo lo concerniente al héroe. Y cuando, hasta ahora, nada ha hecho, puede inferirse, que, a su juicio, nada le debe; y que si algo tuviera que hacer, es de suponer que lo hará.

Mirada y estudiada a todas luces y en todos sus aspectos, la ponderada aventura de las dos Sicilias, vemos, que Garibaldi fué a atacar un reino amigo de la monarquía de Cerdeña; que esta monarquía reprobó y

condenó la expedición Garibaldina, como un acto de piratería, declarándolo inmoral, contrario al derecho de gentes, etc. (Véase la *Gazzetta Ufficiale* de Turin); que la diplomacia sarda entregó, ella misma, a Garibaldi, al desprecio y a la execración de Europa. Esto es ya del dominio de la Historia.

Empero, Garibaldi, pasó de la Sicilia a Nápoles, y arrojó de la capital al rey y caballeresco Francisco II, próximo parente de Victor Manuel. Refugiado Francisco II en Gaeta, plaza fuerte, hubiera podido hacer frente a Garibaldi, y aplastarle. Las tropas fieles corrieron de todos los puntos del reino para sostener la bandera del Borbon, y la justicia y el honor de esta causa fueron reconocidas por toda Europa. El éxito de la lucha no ofrecía la menor duda. Ahora bien; entonces fué cuando el reino de Cerdeña se decidió a acudir en auxilio. de Garibaldi, a salvarle del peligro en que se había metido, y hasta dirigir sus armas contra el amigo, el aliado, el pariente de Victor Manuel. Entonces también, Napoleón III, fingiendo que quería defender al rey de Nápoles, ponderó en el cuerpo legislativo el valor, la dignidad, el legítimo derecho de este príncipe, y envió una escuadra a Gaeta. Demasiado se sabe, empero, lo que sucedió. Napoleón desempeñaba perfectamente la misión que había recibido, de enganar a todo el mundo. Luego que Napoleón hubo mandado retirar la escuadra francesa, el justo, fué entregado a sus enemigos, y M. Gialdini se apoderó de Gaeta. Esto es también histórico.

Era preciso repetir estas cosas, para probar, que, quizás la monarquía tampoco debe nada a Garibaldi, como, a toda costa, se quiere hacer creer.

Si las ideas de moral, de justicia y de honor, no estuviesen enteramente oscurcidas, las municipalidades, el Parlamento y la prensa callarían, y dejarían en paz a la nación sobre este punto.

¡Oh! es que Garibaldi tiene necesidad de dinero!... Pues bien; dénselo de su propio bolsillo cuantos crean que se le debe algo. Haciéndolo así, nada tendríamos que objetar. Nosotros opinamos, que, a pesar de las locas diatribas contra el Papa, contra el elector; a pesar de su libro de los *Mil*, contra la monarquía, Garibaldi, en el fondo, no es tan malo, como quiere parecerlo. Está rodeado de endiablados, que le empujan a ir mucho

más allá de lo que él quisiera. En una palabra: tiene la seña a sus espaldas, que le inspira, y le mueve a su placer.

Enhorabuena que se le socorra, de una u otra manera; pero no a expensas de la nación, que nada tiene que ver con los negocios domésticos del héroe.

E.

II.

El ministro del interior ha dirigido á los prefectos una circular, previniéndoles, que las deliberaciones de los Consejos municipales, relativas al donativo de Garibaldi, quedaban anuladas.

Esta decisión del Gobierno no sorprenderá á nadie. La deliberación de los Consejos municipales, por su parte esencialmente política, y del todo ajena á las atribuciones administrativas; usurpaba, evidentemente, las atribuciones del poder legislativo, que se está ocupando del mismo asunto.

Verdad es, que la Cámara de diputados ha votado el donativo á Garibaldi; pero el Senado no se ha ocupado todavía, ni se ocupará, probablemente, de este asunto. La denegación desdenosa de Garibaldi, ha desazonado á los hombres de la situación. Garibaldi ha escrito á su hijo Menotti lo que sigue:

Caprera 31 de Diciembre 1874.

«Mi querido Menotti: Irás en mi nombre á ver á Mancini, y dale las mas expresivas gracias por las pruebas que de su sincera amistad me ha dado.

Dile, que el donativo de las cien mil libras pesa sobre mis espaldas como la túnica de Neso—he encargado á Riboffi, que publique mi última carta, en que me niego á aceptarias.

»Aguardando más tiempo, llegaría yo á perder el sueño—hubiera sentido en los puños el frío de las esposas—las manos teñidas en sangre; y cuantas veces llegarían á mis oídos nuevas deprelaciones gubernamentales y miserias publicas, el sonrojo aparecería en mi rostro.

»A nuestros amigos y al Parlamento—sumo reconocimiento; por lo que mira al Gobierno—cuya misión es empobrecer el país,

para corromper—que busque cómplices en otra parte.

«G. GARIBALDI.»

El Gobierno no ha podido ménos de tomar en consideración esta publicación tan desdenosa para con él.

Los senadores, en sus conversaciones, tratan de devolver pura y simplemente la ley al ministerio. La izquierda no sabia que hacerse, aunque, al parecer, ha quedado muy satisfecha de la negativa de Garibaldi; pues, si es cierto, que la proposición de los cien mil francos partió de ella, no lo es ménos, que, con ella, solo se propuso proporcionar al héroe la ocasión de parodiar á Cincinato.

Y, á la verdad, si la proposición hubiese sido sincera, no pecaría tanto de exagerada. Hubiérase pedido, por ejemplo, 25,000 francos de renta anual, cantidad conveniente y proporcionada á los hábitos del general. Pero no habia razon alguna, para consignar un donativo de cien mil francos al ermitaño de Caprera, y de cincuenta mil á sus hijos. ¿Qué servicios, verdaderos ó falsos, han prestado al país sus hijos? Hé aquí lo que se puede preguntar, aun mirada la cuestion en el punto de vista liberal.

La publicidad dada á la negativa de Garibaldi presta materia abundante á mil comentarios chistosos, de los cuales resulta, que si el héroe hubiese aceptado el donativo, el escándalo hubiera sido universal. Probablemente, esto es lo que se buscaba.

Los periódicos *ultra* proponen una suscripción particular; pero, parecenos, que Garibaldi ni la aceptará. Lo que si, es cierto, que los extranjeros se han declarado enemigos de las *escenas*, y que se alejan de Roma. Ayer, por la tarde, llegaron diez extranjeros ricos, y los diez se han marchado esta mañana. La gran razon que empuja á Garibaldi hacia Roma, adonde se le aguarda el 19, es dar satisfacción á la jauría de agitadores, que le esperan.

O.

(Journal de Florence, 3 de Diciembre 1874 y 9 de Enero 1875).

GARIBALDI Y SU MISIÓN.

El héroe de ambos mundos acaba de dirigirla una carta á su ex-jefe de estado mayor, el tan famoso Bordoné, en la cual le dice: «Habiendo aceptado el cargo de diputado de Roma (*sic*), tendré que ir á esa ciudad, tarde ó temprano.» Y añade: «que, en Roma, no será sino una planta exótica (*es verdad*); pero que debe llevar á ella su voto de justicia.» Advierte, empero, á sus hermanos y amigos, que «teme no le juegue el gobierno la mala pasada, que le jugó la Asamblea de Burdeos.»

Esta carta es incomprendible para todos los que, ignorando la jerga masónica, no pueden apreciar en su justo valor esta expresión: *voto de justicia*; y para la edificación de nuestros lectores, vamos á revelarles uno de los mas tenebrosos misterios de la iniciación del grado treinta de la Franc-Masonería, que corresponde al de caballero *Kadosch* (*santo y perfecto*), al cual pertenece Garibaldi (1).

Y cómo cuantas veces se revela alguna cosa generalmente desconocida, se tropieza con una turba de desdichados idiotas, que califican de exagerado todo lo que no comprenden, prevenimos al lector, que no hacemos más que traducir textualmente lo que ordena el Ritual (2) para la iniciación del

(1) Si no recordamos mal, Garibaldi diluyó el grado 33.º que le habia conferido por aclamación el Gr. Or. de Palermo, en 1862, y que no conservó sino por algunas semanas. Este grado equivale, en lenguaje usual masónico, á *Soberano Constitucional*; y renunció este grado, en aquella época, segun se dice, para quedar en la plena libertad de obrar de que disfrutaba, permaneciendo en el grado de Gran Maestro de los caballeros *Kadosch*, ó soberano de los 30.º.

(2) La gerarquía masónica se compone de treinta y tres grados, cada uno de los cuales tiene su Ritual particular y secreto, hasta tal punto, que el iniciado de grado inferior, no puede nunca conocer el Ritual de grado superior; y los Rituales, que tenemos á la vista, son los del Gr. Or. de

grado 30.º gr.: y que explica con toda claridad en qué consiste el *voto de justicia* de un Franc-Mason:

«El Gr. M.º dirá al candidato:

»Hasta ahora (1) no has visto más que la parte teórica de nuestras doctrinas; ha llegado ya para tí el momento de obrar: si llegueme.

»Aquí el Gr. M.º toma por la mano al candidato, lo coloca delante de un cráneo, coronado de hojas de laurel, y le obliga á repetir con él:

»Honor y Gloria á la inocencia *perseguida*; Honor y Gloria á la virtud *sacrificada por el vicio y la ambición*.

»Luego le señala otro cráneo, coronado de una tiara, y poniéndole en las manos un puñal, con la punta dirigida hacia el cráneo, le obliga á decir con él:

»Odio y Muerte al despotismo religioso.

»Por último, le muestra otro cráneo, coronado con diadema real, y le obliga á decir con él:

»Odio y Muerte al despotismo político.

»Después el Gr. M.º invita al candidato á pronunciar su primer voto, etc. etc.»

Garibaldi dice, además, al terminar su carta, que, no obstante sus fundados recelos de *ser despedido*, irá á Roma en cumplimiento del *voto de su conciencia*.

He aquí el voto de conciencia, que todo franc-mason, que aspira al gr. 30.º debe pronunciar, antes de recibir la investidura; voto, que es el tercero, segun el Ritual de este grado.

»El Juez soberano y supremo dirá al candidato:

»Habiendo tú contestado afirmativamente á Nuestras preguntas, y no hallando Nosotros ningún motivo de duda, acerca de la sinceridad de tus respuestas, te invitamos á pronunciar el tercer voto:

Esocia: Rituales auténticos, y en uso en casi todas las Logias de Italia.

(1) Los grados masónicos son de iniciación simbólica del 1.º al 17.º, y de iniciación á la perfección, del 18.º al 30.º, que es el grado mas elevado del *partido de acción*. Los grados 31.º, 32.º, y 33.º representan la *administración Soberana*.

«III VOTO ó OBLIGACION»

«En presencia del Gr. Arq. del Univ. yo, N. N., prometo solemnemente, y doy *mi palabra de honor*, de guardar fielmente los secretos del gr. de Kadosch, y de observar rigurosamente los reglamentos generales del Cons. Sup. de los 33, etc. etc.

«Entonces, el Juez soberano y Supremo dirá al candidato: *Ojalá seas tú siempre fiel á tu palabra!*»

«En seguida, todos los miembros del Aro-pago rompen la varilla, que cada uno tiene en la mano, y arrojan los pedazos de ella á los pies del nuevo electo, «para indicarle cual suerte le aguarda, si no es fiel á los votos que acaba de pronunciar.»

Ahora bien: Garibaldi ha pronunciado todos esos votos; y si no se ven todas las consecuencias de ellos, en el terreno de los hechos, ciertamente no será por culpa suya.

(*Journal de Florence*, 4 de Diciembre 1874.)

GARIBALDI EN ROMA.

Garibaldi, el *héroe de ambos mundos*, el hombre autor de leyendas, el salvador, el redentor de Italia,—epítetos, que fueran grotescos, si no fueran sacrificios—Garibaldi, es esperado en Roma, donde pondrá en escena su última representación. A decir verdad, parecemos qué más le gustaría cuidar de su realismo en Caprea; pero la secta quiere que venga, y no tiene otro remedio: dede obedecer.

Adrede se le encamara en el Monte Mario, que domina al Vaticano,—monte llamado antiguamente monte malo, *mons malus*,—el cual ha servido de observatorio á muchos enemigos de Cristo y de su Vicario. El condestable de Borbon, entre otros, colocó allí, sus cañones, para batir el castillo de San Angelo; y Bortlier, tambien allí, acampó, para esperar el desensabe de la sedición, que los agentes del Gran Oriente de Paris debían suscitar en la Ciudad eterna, contra el papa Pio VI.

De intento, los órganos oficiosos, se empeñan en ocultar una parte del programa de Garibaldi, para presentarnosle sobre todo, como enemigo de la Santa Sede, del Papa y de los sacerdotes, y excitar al Gobierno á tomar las necesarias precauciones para defender el Vaticano, que, segun ellos, está muy amenazado por la vecindad del *héroe*, y por el odio de sus partidarios.

La diplomacia, sin querer, ha servido á la política oficial, invitando, por su parte, al llamado Gobierno, á manlener el orden, y á defender al Papa de los ultrajes y ataques de que pudiera ser objeto.

De suerte, que, dócil á esta doble presión, el Gobierno desplega cierta actividad: aloja un regimiento de caballería cerca de la plaza de San Pedro, llama á 300 gendarmes más, aumenta en 200 el número de sus guardias de seguridad, abre una antigua puerta cerca del castillo de San Angelo, para impedir que Garibaldi, entrando, ó saliendo por la Puerta Angelica, pase por debajo de las ventanas del Papa.

En una palabra: el Gobierno aparenta proteger al Papa.

Pues bien, nosotros decimos, que los católicos no deben dejarse engañar por semejantes artilde.

El régimen, que penetró en Roma por la Puerta Pia, que decretó la caída del poder temporal del Papa, que despojó y abolió las Ordenes religiosas, y los Cabildos de las basílicas, que demolió todo el edificio, no nos persuadirá nunca de qué defendida otra cosa, que á sí mismo, en la Ciudad eterna. Su misión no es salvar al Papado, sino alcanzarle y perderle,..... si pudiera!

Peró, por permission de la Divina Providencia, acontece, que las amenazas y los odios dirigidos contra el Vaticano, rebotan en el Quirinal. Se aparenta defender al Papa, para salvar al rey.

No hay entre los fieles, ni uno solo, que no haya previsto, desde el principio, que mediándose una Roma monárquica, en la Roma de Cristo, se formaría otra Roma, que intentaría destruir las otras dos.

Hay, pues, la Roma de Pio IX, que la forman todas las almas puras; la Roma de Victor Manuel, que comprende el todo ó parte de la gente oficial; y la Roma de Garibaldi, á la cual pertenecen los partidos llamados avanzados.

La Roma oficial, tiene contra sí el petró-

leo y el agua bendita; dos cosas, que es preciso temer, cuando no se siguen las sendas que conducen á Dios.

Los garibaldinos, quieren dar á su jefe una guardia de honor; colocar en su puerta hombres con camisa roja, y nombrarle una escolta, compuesta de caballeros, tambien con camisa del mismo color: para esto piden armas.

A lo cual, el prefecto responde, «que no se puede nunca honrar bastante al *héroe*; que los garibaldinos son *héroes*, y nada más que *héroes*; pero que no puede establecerse un Estado, dentro de otro Estado; un rey, al lado del rey; etc.» «Ya en Florencia, es verdad, obtuvo Garibaldi señaladas muestras de honor; pero, entonces, Italia no estaba formada. Hoy día lo está, y el Gobierno no se halla en ánimo de desquiciarla.»

Estas palabras son de oro, pero no penetran ni en la inteligencia, ni en la voluntad de los garibaldinos.

Así, pues, dejemos obrar al Gobierno: razon tiene en defenderse; más no crean los católicos, que el Gobierno trate de sostener y proteger al Papa, porque, se engañarian lastimosamente.

E.

(*Journal de Florence*, 24 de Enero 1875.)

Nos escriben de Roma:

Garibaldi continúa recibiendo como un soberano. Despues del síndico de Roma, y del Concejo municipal, concedió audiencia á una diputacion del Concejo provincial, que se presentó en carruajes de gala, presidida por el príncipe Ruspoli.

Tambien recibió á una diputacion de la Logia masónica, *Tito Vezio*. Recomendó á esta diputacion, que la Masonería renunciase á las antiguas formas, que no necesita ya, para marchar á la conquista de los pueblos, puesto que el mundo moderno es obra suya, y que, tarde ó temprano, todo se doblegará ante sus prescripciones.

El jardinero Giovannelli ha felicitado al *héroe* con un *trunfo* de camelias.

La sociedad de los Marmistas se presentó en corporacion. El general les aseguró, que

experimentaba la más viva satisfacción al saludar á los hijos del trabajo, ya porque únicamente con ellos podia contar la patria en la hora del peligro, ya porque no creía que ninguna propiedad fuese legítima, sino la adquirida con los sudores de aquel que la poseía.

La muger Brunetti, hermana del famoso tribuno de 1848, Cicceruaccio, ha conseguido el honor de una audiencia particular en el palacio de la calle de la Coppelle.

Las sociedades obreras organizan un gran banquete en el Janiculo, al cual será invitado Garibaldi. Con esta ocasion, se le presentará una bandera, que representará la fraternidad humana; y se preparan *brindis* para saludar al *héroe*, como jefe de la alianza republicana futura de todas las naciones.

La democracia florentina suplica á Garibaldi, que se digne ir á visitarla; y las de Nápoles, Palermo, Turin, Milán solicitan otro tanto: un delegado de la democracia de Turin, que asistió el domingo último á un banquete, ha dirigido una carta á Garibaldi concebida en estos términos:

«La sociedad general obrera contribuirá al donativo que se trata de hacerlos, con la suma de 3,000 francos.»

Esta mañana Garibaldi salió en carruaje cubierto con su familia, y ha dado una vuelta por las afueras. No se dice que haya entrado en ninguna iglesia, ni en ningún Museo; solo ha visitado las termas de Caracalla.

Se establecerá definitivamente en la quinta Pescanti, en la cuspide de Monte Mario, á cierta distancia de la quinta Mellini, que está del todo inhabitable.

Veá aqui un incidente propio de las costumbres italianas y democráticas. Dos jóvenes, al saber que el general Garibaldi habia sido abrazado en pleno Parlamento por el diputado Salvador Morelli, especie de profeta de la secta, aplicaron á éste les permiferas que le abrazaran á él para que luego lo hiciera de su parte, por segunda vez, á Garibaldi!

Poderosos motivos impidieron que Garibaldi, el día de su llegada, hiciera su entrada con el síndico de Roma en el carruaje de éste, pues, fué separado violentamente de él por la multitud; y el carruaje partió, ántes que M. Venturi pudiera reunirse con el *héroe*. Los periódicos democráticos se han

empeñado en que se publique esta reedificación.

Garibaldi, dió las gracias al presidente de la Cámara para que éste, en su nombre, las diese á los dipulados, por la acogida que en la misma se le habia hecho; y dijo á sus amigos, que, por algunos días, dejaría de asistir á ella; pero, añadió, que si consideraban su presencia necesaria, se lo permitirán, en cuyo caso, acudiría inmediatamente. El respetable Macchi, Director de la Revista el *Libre Pensée*, quedó encargado de avisarle, cuando fuese necesario.

En los circuitos gubernamentales se dice en voz baja, y con cierto aire misterioso, que el general Médici ha preparado una entrevista entre el héroe y el rey caballero; pero que tendrá lugar fuera de Roma, en una quinta de los alrededores, para no espantar á los fanáticos de que os hablé ayer, los cuales se han atrevido ya á fijar en muchas calles de nuestra ciudad este lúgubre escrito. *Garibaldi traidor!*

N.

(*Journal de Florence*, 29 de Enero 1875).

APUROS DE GARIBALDI.

Cierto periódico florentino pretende saber, que el Vaticano se halla muy apurado con motivo de la venida de Garibaldi; sin reflexionar, que diciendo esto, dice una cosa que no tiene sentido comun.

De los tres principios que en Roma se encuentran actualmente enfrente uno de otro, el Pontificado, monarquía de derecho divino, en su aislamiento, la monarquía revolucionaria, en su fuerza material, y la democracia, con su pontífice Garibaldi; el primer principio es el único que nada teme, porque tiene asegurado el porvenir. ¿Puede tener la muerte el que posee la vida?

A Dios gracias, somos bastante dueños de nosotros mismos para mirar con sangre fría la cuestión que ha suscitado la venida de Garibaldi. No hay en el mundo persona alguna, que, como él, y tanto como él, haya insultado á la persona venerada del Vicario

de Jesucristo; pero su voz, cualesquiera que sean los ecos que la repitan, no ha podido nunca elevarse hasta el trono de Pio IX. Esa cólera impotente es harto ridicula para tomarla en serio; lo único que merece de nuestra parte, es una fría compasión. Sabemos que Garibaldi es el instrumento de la secta; pero, sabemos tambien, que de suyo, no tiene verdadera importancia. El no manda, obedece; y obedece sin ver la mano que lo empuja.

Si, pues, en Roma hay apuros para alguno, de seguro que no los hay para el Papa, monarca de derecho divino; sino para la monarquía revolucionaria y para Garibaldi.

Por ejemplo, Garibaldi siendo, como lo es, enemigo declarado de la monarquía revolucionaria, los honores que esta monarquía le tributa, le ponen en apuro.

Ciertas gentes del partido moderado van diciendo en voz baja:

«Victor Manuel y Garibaldi están de acuerdo.»

Y esto es falso; no puede existir más acuerdo entre Garibaldi y Victor Manuel, que entre Victor Manuel y Pio IX.

Un periódico ilustrado, en el número de esta mañana, representa al Papa, á Victor Manuel y á Garibaldi dándose el brazo. Esta caricatura ultraja á los tres, ultraja necio y chabacano, que no tiene excusa alguna.

Pero, no nos ocupemos de los apuros de la monarquía revolucionaria, que tiene gendarmes, policía y soldados para sacarla, por ahora, de un conflicto; ni consideremos si es, ó no, buena política, fingir que se ha olvidado de las amenazas del jefe visible de la democracia, y tributarle, por el contrario, respetos y consideraciones extraordinarias; nuestro propósito se limita hoy á señalar los apuros de Garibaldi, colocado entre el Gobierno, que le lisonja para detenerle, y la democracia, que le aclama para que ande.

En esta situación no cabe término medio; es preciso, ó que se reconcilie con los hombres oficiales, de quienes no ha cesado de decir y escribir lo peor que ha podido, ó que continúe, acentuándolo, el papel de jefe de la revuelta, que le ha sido impuesto. Es necesario que, opte, entre el descanso, aceptando los cien mil francos de renta, ó que de la teoría pase á la acción democrática.

Ahora bien, en ambos casos está perdido: lo está, si se reconcilia con los enemigos; y

lo está, si obra contra ellos. Nada, aquí, de justo medio, lo repito. Nada de *mezzo termine*, que es el secreto de polichinela de la política italiana. No hay aquí atemperante ni prudencia posibles. De esta suerte castiga Dios á los revolucionarios: les pone en la imposibilidad de hacer algo bueno..... á menos que se conviertan.

Garibaldi, pues, es quien se halla en inextricables apuros. Con lo dicho, creemos haberlo probado.

La *Capital* publicó ayer una carta de Felix Pvat á Garibaldi, y remitida por Garibaldi á ese diario, para traducirla é imprimirla. Y ¿cuál habrá sido el estupor de los que creen al Gobierno italiano capaz de hacer respetar la monarquía subalpina, al leer dicha carta, cuya última frase está concebida en estos términos!

«*Quien sabe, en este tiempo de sorpresas, si el nuevo año no terminará, sin que Voz, Madrid y Roma hayan proclamado á GARIBALDI PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS LATINOS?*»

En fin, si, como tantos otros, Garibaldi llegase á ser presidente de una república latina, *no sería más que otro comparsa en los acontecimientos de nuestra época.*

Lo que, si, interesa al mundo, lo que, si, interesa á la Iglesia de Jesucristo, son las masas del pueblo, á las que se extravía, á las que se arrastra lejos de las sendas de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno. La Iglesia, con su Jefe infalible, con sus Obispos y su Clero, ha sido tambien fundada para estas masas. Ella es su Madre; ella les tiende sus brazos, y, con el corazón angustiado y destrozado, las ve correr en pos de algunos insensatos, sin fe ni ley, sin moral, sin talento, sin elevación, sin honor, sin doctrina, y entregados en cuerpo y alma al espíritu del mal.

Mas nosotros creemos firmemente, que llegará el día; (¡y Dios quiera que sea pronto!) en que estas masas se detendrán, y se negarán á seguir por mas tiempo á los impostores, romperán con los codiciosos, los adúlteros, los histriones del diablo, y volverán al seno de su Madre.

Y viendo á esta Madre con los brazos siempre abiertos á la piedad, con su Cristo, le dirán:

«¡Perdonadnos! Somos la *Plebe Cristiana*. Vosotros, Sacerdotes; vosotros, Obispos, habeis salido de nuestras filas; vuestra san-

gre es nuestra sangre. Nuestros maestros nos engañaron, y nos han sumido en las sombras de la muerte. Acudimos á vosotros, que poseéis la verdad y la vida.»

Sabido es lo que la Iglesia les contestará y lo que hará por ellas.

Cuanto tiene de horrible la democracia, al dejarse arrastrar por los maestros impíos y malvados, tanto es heroica y pura, cuando Cristo sopla sobre ella.

Este soplo la regenerará; estamos seguros de ello (1).

E.

(*Journal de Florence*, 26 de Enero 1875).

LA CIVILIZACION MODERNA Y LA BLASFEMIA.

Hasta sus más entusiastas partidarios convienen de buen grado, que José Garibaldi no llega ni siquiera á una medianía vulgar. Hace mucho tiempo, oímos decir á un padre de la Compañía de Jesús, profesor del Colegio Romano, de quien Garibaldi fué discípulo en Niza, que era escolar indisciplinado, testarudo, perezoso y de inteligencia obtusa.

Sin embargo, las turbas aclaman á Garibaldi, estrella polar de la civilización moderna, personificación del progreso de las luces, genio, no solamente de Italia, sino del mundo, «milagro viviente del honor,» como decía un trobador hace pocos días.

Así lo quiere la secta; el obtuso Garibaldi es un instrumento más dócil de lo que lo fuera un hombre de talento, como por ejemplo, el sombrío deísta Mazzini.

Examinada la cuestión detenidamente, no nos pesa esta idolatría; en la glorificación de Garibaldi, podemos medir en toda su extensión el valor real de la civilización, del progreso de las luces, del genio, del honor,

(1) Vamos á la Democracia cristiana: escribiamos nosotros, á fines de 1869! Véase el Tomo 1.º de la *Suma*, p. VII. El plazo está, ya; cerca!....

N.

y tambien... de la moral moderna. Y ¿no estamos interesados todos en formarnos, no una convicción plena, pues la tenemos ya formada mucho tiempo há, sino en adquirir una prueba *ad hominem* de esta proposición?

No nos quejemos, pues, de ello, digo yo; pero comprendamos, al fin, cuán profundo es el abismo (de la estupidez á que la secta conduce á la sociedad moderna, para guardarnos bien de acercarnos al borde de este abismo. Los católicos, fieles á la enseñanza de la Iglesia, servirán á la sociedad, y la cristianizarán de nuevo, con la ayuda de la Iglesia, y la doctrina de la Iglesia.

Entretanto, tenemos á la vista la DOCTRINA DE JOSÉ GARIBALDI, DEDICADA Á LA JUVENTUD ITALIANA.

Los ejemplares de este innumero escrito se venden por millares, desde la entrada de Garibaldi en Roma.

Se ha hecho de él una nueva edición, á lo menos así se me ha asegurado, con el título de la imprenta del *Popolo Romano*, 1875.

Permitásenos citar aquí alguna de sus blasfemias, no solo para anatematizarlas, sino tambien para excitar á las almas honradas á desagrarar á Dios, y, al mismo tiempo, caracterizar el peligro que amenaza á un pueblo, donde la autoridad, violando las leyes, atrae sobre sí los castigos divinos.

La doctrina ó catecismo de Garibaldi (un pliego en 4.º) se divide en ocho lecciones por preguntas y respuestas.

La primera lección es la más lata de todas. Escuchad: tomamos al acaso, indistintamente:

D. ¿Cuál es el principio de toda obra buena?

R. La señal del cristiano, sobre la cual expiró el divino Maestro, para redimirnos de la esclavitud.

D. ¿Cómo se hace esta señal?

R. En nombre de José Garibaldi, verdadero padre de Italia, de su Hijo primogénito, Menotti, del Espíritu de libertad, que ellos siempre han deseado. Así sea.

D. En nombre de la patria sois soldado; ¿quién os ha creado tal?

R. José Garibaldi me ha creado soldado.

D. ¿Para qué?

R. Para honrar, amar y servir á la Italia.

D. ¿Quién es José Garibaldi?

R. Un espíritu generosísimo, bendecido del Cielo y de la Tierra.

D. ¿Cuántos Garibaldi hay?

R. Uno solo.

D. ¿Dónde está?

R. En el corazón de todo italiano honrado.

D. ¿Cuántas personas hay en Garibaldi?

R. Tres, realmente distintas.

.... Y semejantes blasfemias, tan repugnantes, no horrorizan!!!!

Las demás lecciones explican los diez mandamientos de Garibaldi, los actos de fe, esperanza y caridad; el modo de practicar estos actos; y tambien las faltas que debemos evitar, los medios de repararlas, y de volver á la gracia de Garibaldi, por el firme propósito, y la contrición.

Un claro hay que notar en esa doctrina, y es lo relativo al matrimonio; más no todo puede decirse; y Garibaldi, milagro de honor viviente, está aquí, y pasea triunfalmente por las calles de Roma su propia doctrina, puesta en práctica.

Sin embargo, uno de los mandamientos, el sexto, arroja cierta luz sobre la moral del padre de Italia: está concebido en estos términos:

«*Non fornicare che a danno dei nemici d'Italia.*»

En este solo mandamiento se ve con toda claridad, cuales son los destinos de la civilización moderna; pero detengámonos aquí. El lector hará sus comentarios.

Ahora bien; francamente hablando, diremos, que dirigir á un pueblo tales obscenidades y blasfemias, es ultrajarle de la manera más indigna.

Cuando se estudia la historia de las aberraciones del espíritu humano, sometido á Satanás, se comprende fácilmente, que los pueblos hayan adorado, no solo algunas divinidades invisibles, sino tambien la naturaleza, el sol, los animales, las plantas, las cebollas, y aun pedazos de madera. Esta adoración oculta, misterios absurdos, bajo apariencias materiales.

Pero ¡Garibaldi! Nadie ignora lo que vale semejante personaje.

Concluyamos: El Gobierno, que permite estos aplausos, estas aclamaciones, estas adoraciones á un jefe de rebeldes, infringe,

no solo todos sus deberes de respeto para con los pueblos, sino tambien los que ha contraído para con su soberano, que paga para que se le defienda.

Y la monarquía no tardará en probar los resultados de la doctrina de Garibaldi. Entretanto, no sería extraño, que se riera de ella, como de una caricatura ridícula!!!

O.

(*Journal de Florence*, 4 de Febrero 1875.)

EL ORDEN MÁS COMPLETO REINA EN ROMA.

Ateniéndonos á la opinión manifestada en diferentes ocasiones por los ministros italianos, el orden dejaba bastante que desear en Roma, desde el 20 de Setiembre de 1870; pero es completo desde que el *héroe de ambos mundos* ha puesto el pié en la capital del mundo cristiano. Esta noticia se ha echado á volar por los cuatro vientos, en alas del telégrafo: la satisfacción es completa en el Quirinal; y los hombres de la *consorteria*, al encontrarse por las calles, se felicitan mutuamente de tan sorprendente fenómeno; y lo es, en efecto, que hallándose Garibaldi en Roma, reine en ella el orden más completo.

Panfulla (periódico)—cuyo oficio es meterse en todas partes—nos aseguraba anteayer, que acababa de recibir noticias confidentiales, de muchos diplomáticos acreditados cerca de Victor-Manuel; y que todos estaban marayillados, absortos, desvanecidos, tanto de la acogida hecha al *héroe* por el pueblo romano, como de la conducta del *héroe* mismo. Estos diplomáticos lloraban de ternura y de gozo; y han asegurado á *Panfulla*, que escribirían á sus respectivas cortes, que reinaba en Roma un orden ultraperfecto.

Capaz es la diplomacia moderna de tomar á *Panfulla* por confidente, y más todavía, de escribir notas para certificar, que la presencia de Garibaldi en la Ciudad eterna, es una garantía formal de orden. Lo cual pudiera probar, que los diferentes gabinetes de Europa, tienen un medio de realizar una

economía no despreciable en los presupuestos: suscribiéndose al *Panfulla*—que tan perfectamente canta las maravillas del orden romano—y podrán suprimir los onerosos gastos de sus legaciones cerca de M. Vízconti-Venosta.

La verdad nos obliga á declarar, que el *héroe* ha podido venir á Roma, que se puede permanecer en esta ciudad, hace una semana, sin que los robos y los asesinatos hayan aumentado gran cosa. Si esto es un orden perfecto, el telégrafo y los representantes de las potencias no serán desmentidos. Tendiendo Victor-Manuel de su parte—por el momento—los gendarmes y los soldados, el es quien mantiene el orden: el *héroe* le escamoteará, mañana, tal vez, los soldados, y los gendarmes, y el orden pasará á la parte opuesta: pasado mañana, un hombre abyecto,—cuyo nombre, solo es conocido hoy, de algún gendarme, y que no está empadronado sino en alguna Logía—se escapará de presidio, se apoderará del poder, y pasará á la historia: tambien tendrá, como todos los demás, este hombre, sus soldados, sus gendarmes, y su telégrafo para anunciar á la Europa, que reina el orden más completo.

¡Ah! el desorden espantoso, que reina hoy en Roma, no puede ni siquiera ser apreciado, por los hombres mismos del mundo moderno, porque ese desorden,—tan inaudito en la historia de ese mundo—no consiste tan solo, en que el Vicario de Jesucristo se halle prisionero en el Vaticano, sino en que el representante más autorizado de la secta anticristiana, entre triunfante en la Ciudad Santa. Algunos conquistadores y tribunos pudieron, en otros tiempos, establecer en ella una dominación efímera; ninguno, empero, había osado intitularse el *vencedor de Cristo*. Garibaldi ha entrado con este título: se gloria de haber recibido del infierno la misión de extirpar lo que él llama religión de la mentira, para reemplazarla por la religión de la verdad. Su grito de guerra es ya conocido: *abajo Dios; paso al Gran Arquitecto del Universo*; y sin embargo, se le festeja, y la multitud arrastra su coche.

Espectáculo, tan sacrilego, no turba, por supuesto, el orden; y el baile que Garibaldi va á dar en beneficio de la Franco-Masonería, en la ciudad de los Mártires, junto al Coliseo, donde derramaron su sangre por Jesucristo, es una feliz idea para terminar

el Carnaval: ni más ni menos, con tal que los robos y asesinatos no mienten ¿quién tendrá derecho á quejarse? La tranquilidad y la paz reinan en Roma, y M. Bolié, cues-tor de la ciudad, puede solicitar, sin sonro-jarse, la cruz de comendador. Y se le otor-gará: el Quirinal, la diplomacia, y *Fanfulla* enajenados de júbilo, en este momento, no se la negarán. Nosotros, por nuestra parte, no sostendremos que no la haya merecido.

El principal fautor de desórdenes, que lo-davía permanece en Roma, en esta edad de oro, que el mundo moderno le ha depara-do, es el Papa. Acerca de este punto, la opi-nion se muestra unánime, entre el *Fanfulla* y los ministros; y de esta opinion participan igualmente, los diplomáticos, y los habitan-tes del Quirinal. La obstinacion de Pio IX en predicar la mentira, y en fomentar las su-persticiones: su resistencia á seguir los pa-sos de Garibaldi, para marchar juntos hacia la religion verdadera, inspira, es verdad, algun cuidado; y aun es posible, que las notas ditirámicas de los respetables repre-sentantes de las potencias extranjeras, con-tingan alguna clausula ó paréntesis, acerca de este particular; pero, todo bien conside-rado, si el Padre Santo puede inspirar in-quietudes, no puede producir alarmas; sin embargo, y á pesar de todas sus protestas, la verdadera luz que despide las Logias, concluirá, más ó menos pronto, por vencer las tinieblas que Jesucristo vino á difundir sobre el mundo.

En suma: el órden que reina, es comple-to: las bayonetas han obedecido, y la policia ha cumplido con su deber; ¿qué más puede apetecerse? ¡Hable, enhorabuena, el Papa, del órden moral! ¿en que consiste este órden? Para saber algo de él, fuera necesario tener á Dios, y escuchar á Pio IX; y ningun Gobierno, por poco que se respete, aceptará tales principios. Nosotros vivimos, por for-tuna, en el siglo de las luces;—y ¡cómo se regocijará *Fanfulla* á expensas de todo eso!

Esta argumentacion no tiene réplica, y jamás obtendreis otra del mundo moderno. Ella espanta, pero es cierta.

Existe una analogia sorprendente entre las funciones de la razon humana, y el ór-gano de la vista. Al hombre se le dió el ojo para percibir la luz; los párpados están des-tinados á conservarlo; pero, por un abuso de su voluntad, puede el hombre cerrar obstinadamente los párpados. Interrogadle,

entónces, y os dirá, que vive en medio de una noche profunda; y en tanto que no se decida á abrirlos, sostendrá, con verdad, que no percibe el menor rayo de sol.

Lo mismo acontece en las cosas de fé. Hemos sido dotados de razon para discernir lo verdadero de lo falso. Sin la razon, se puede poseer la fé del musulman más faná-tico, sin ser por esto un verdadero creyente. Pero si se abusa de la razon, no se percibe á Dios: esta facultad protectora de nue-stra religion, se convierte en enemiga suya declarada. Como el ciego voluntario, de que hemos hablado, cierra los ojos á la luz, y mientras se obsline en tenerlos cerrados, afirma la mentira con la misma seguridad, y la misma conviccion con que se proclama la verdad.

El mundo moderno ha renunciado á Jesu-cristo, esplendor eterno del mundo; debe, por consiguiente, y por una necesidad inex-orable, sufrir las tinieblas de la secta anti-cristiana. Esta secta invadió el continente en 93, colocando una prostituta en el mismo tabernáculo del Santísimo Sacramento, en la iglesia de Nra. Sra. de Paris; y poco á po-co, debía terminar por conducir en triunfo al representante del último Anticristo á la Ciudad eterna, pues estaba predicho, que «la abominacion de la desolacion se sentaria en el lugar santo.»

Dios, en su bondad, que no tiene limites, nunca procede, en la accion ordinaria de su Providencia, por sobresaltos ni sorpresas: anuncia, prepara ó instruye á los fieles, para que los cataclismos no los sorprendan ni quebransten su fé. Lo que acontece en este momento en Roma, es una imagen de lo que, acontecerá al fin de los tiempos. Aparecerá un hombre, que poseerá todas las cualida-des que faltan al *héroe de ambos mundos*. Será el rayo de la guerra, y al mismo tiempo un prodigio de elocuencia, de sabiduría, y de poder sobrehumano. Preparados por la secta, y entregados enteramente á su sola razon—que, sin la fé, es la madre de to-das las locuras—los pueblos se arrojarán á sus pies, y besarán la mano, que les azota-rá, hasta que brote sangre.

Este primer ensayo de las fuerzas de la secta, ha tenido un exilo asombroso. El lú-gubre espectáculo de la instalacion en Roma de un Precursor del Anticristo, al lado del Vicario de Jesucristo—espectáculo que es-tremece á los mismos ángeles—puede anun-

ciar lo la secta como una victoria del órden, segura como está, de que una gran parte del mismo mundo cristiano no se halla en es-tado de comprender su temible significacion.

¿Quién se ocupa todavía de lo que el Es-piritu Santo se ha dignado revelarnos, Acerca de la formidable aparicion del hombre del pecado? ¿Quién se acuerda, de que Jesu-cristo haya repetido el texto de Daniel, hablando de la lúgubre hora en que la apósta-tasia reinará sobre gran parte de la tierra? Los falsos profetas predichos por San Pablo, han salido del seno de la Cristiandad, y ha-lagando nuestros oídos, nos aseguran, que un milagro vendrá á salvarnos, y nadie piensa siquiera en merecerlo por medio de la penitencia, la expiacion, ó una profesion franca de su fé.

Estos falsos profetas no han pensado en un obstáculo, y es, que están en contradic-cion abierta con la *Regina Prophetarum*, que Dios, en su bondad infinita, delegó cerca de nosotros. Esta tierna Madre, ha sido vista en la Saleta y en Lourdes, con lágrimas en los ojos (1): nos ha invitado á hacer penitencia, amenazándonos en nombre del Eterno con los mas terribles castigos. ¿Don-de aparecen los síntomas de arrepentimien-to que habrian debido manifestarse desde su aparicion? Los gobiernos se han entregado,

atados de pies y manos, á las sectas, y los pueblos se agrupan placidamente al rededor de sus Gobiernos, persuadidos, de que pue-de establecerse perfectamente una especie de neutralidad, entre Cristo, y el Anticristo, y contentarse con un órden puramente ma-terial. Con tal que haya leyes, que garanti-zen la vida y los bienes de la tierra, ¿qué importa, que las almas se entreguen á todas las desvergüenzas del desórden! Esto es lo que contesta el género humano, en su in-mensa mayoría, á las exhortaciones tan tier-nas y persuasivas de la Reina de los cielos.

¡Oh vosotros, todos los que creéis en Jesu-cristo nuestro Señor y nuestro Salvador! prosternaos, y tribudadle gracias por las ca-lamidades que vá á desencadenar sobre el mundo, porque ellas serán un milagro de la misericordia: si tales calamidades no saca-ran al género humano del sopor profundo en que la secta le ha sumido, y devolvieran la vista y el sentido verdadero del órden moral—la obra de la Redencion no produ-ciria fruto alguno, y el mundo tocaria á su fin.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 31 de Enero 1875.)

IMPRUDENCIAS DE GARIBALDI.

Nos escriben de Roma:

Parécenos que el *héroe* se ha encargado de desempeñar dos papeles contradictorios en la comedia, que, en este momento, se está representando en Roma; papeles de suma dificultad, aún para cómicos de primer órden.

En efecto, el *héroe* quiere aparentar mo-deracion para con el clero, y aún para con el Papa; pero al mismo tiempo que felicitá al pseudo-arzobispo Pianelli, en el escenario del teatro, profiere frases como esta: «El Papado ha concluido.»; «Como si el Papado no fuera de todos los tiempos, así de los pasados, como de los presentes, y de los del porvenir! Garibaldi, pobre hombre, el si, que ha concluido!

N.

Barcelona, á 9 de Febrero 1875.

También ha querido aparentar una reconciliación con la monarquía, y, al intento, ha conferenciado con Victor Manuel, y estrechado las manos de los ministros y consortes; y luego, en el escenario del teatro, exclamó: «No creáis que haya yo dejado de ser revolucionario; lo soy ahora, como lo era en 1849.» Y escribe igualmente á los secretarios de Ancona, con motivo del aniversario de la proclamación de la república romana: «Estrecho la mano de la juventud romana.» «¿Qué se proponen, pues, los que han apuntado al héroe esos *lapsus lingua*. Quiere componer dos ditirambos en honor de la paz, y, en seguida, se dirige á los tiroleses, excitándoles á rebelarse contra el Austria; excitación grave, que puede comprometer, desde luego, la armonía, ya tan difícil de sostener, entre el Imperio y la Italia.

«¿Que se hará, pues, si ese *vicio terrible*, continúa mostrándose tan indócil por una parte, y por otra, tan olvidado de los papeles cuya representación se ha creído necesario confiarle? ¿Acaso han abortado ya los proyectos del Tiber y del *Agro Romano*? Espantado tal vez el Gobierno de los gastos que habrían de ocasionarle semejantes ensayos, ¿habrá retirado la palabra empeñada con Garibaldi, ó puesto por condición preliminar, como se asegura, una alianza política, ó renuncia á lo que los republicanos llaman socarronamente un *porvenir mejor*?

Sea lo que fuere de todas las imprudencias de Garibaldi, la más grave, á nuestro modo de ver, es la relativa á los deseos que ha manifestado de sublevar el Tirol. Del Tirol, se pasaría á la Suiza, á Trieste, á la Dalmacia, á la Córcega, á Malta, etc. etc. En suma; tratase de sublevar á toda la Europa. Supóngase, y no es mucho suponer, un cambio brusco en la política de Berlín; la Italia correría el riesgo de ser aplastada, desmembrada y reducida á sufrir las represalias, de que imprudentemente se cree ahora á cubierto. Dígase cuanto se quiera; la situación dista mucho de ser tan satisfactoria, como se pretende—hacer creer—á nadie se le oculta, que la revolución italiana está sostenida de un cable sobre un abismo.

E.

(*Journal de Florence*, 20 de Febrero 1873.)

GARIBALDI Y SU DISCURSO.

Nos escriben de Roma:

Garibaldi ha asistido hoy al banquete, que las sociedades obreras de Roma le daban en el antiteatro Corea, llamado el Mausoleo del emperador Augusto. Habíanse reunido allí unas 2000 personas; los comensales ascenderían á unas 600.

El héroe llegó después de servidos los *maccheroni*, acompañado del síndico de la ciudad en persona, M. Venturi. Había sido llevado al escenario vacío, en una silla de manos, y poniéndose en pie, apoyándose en sus muletas, en medio de las aclamaciones, ha pronunciado las palabras que á continuación insertamos. Bueno será que se lean, para formarse una idea exacta del estado intelectual y moral en que se halla, en este momento, un hombre, á quien la secta ha sabido organizar una popularidad que impone al mismo Gobierno.

«Ciudadanos! Me felicito de hallarme entre vosotros, entre este pueblo romano, que siempre ha sido, á la vez, el ídolo y el dueño de los pueblos.

«Recordaré un hecho de nuestra historia; trasladémonos á la época en que los Cartagineses se hallaban á las puertas de esta ciudad. Los romanos pusieron en subasta el terreno donde había acampado Anibal, su más fiero enemigo, y ese terreno fue comprado por una suma exorbitante. Al mismo tiempo partían las legiones romanas para poner sitio á Cartago.

«Si, queridos míos; yo soy un hijo del pueblo, de ello me hago un título de gloria, pues muy á menudo me he visto obligado á vivir de mi trabajo manual. El obrero es el hombre mas necesario, y el mas respetable de toda la sociedad; sin él, no hay civilización posible.

«Quiero daros un consejo de amigo, do hermano, porque yo soy hermano vuestro; obreros! os aconsejo, pues, que hagáis obreros á vuestros hijos. El cerrajero, que haga cerrajero á su hijo; el carpintero haga de sus hijos carpinteros; haciéndolo así, en todos las circunstancias, tendrán vuestros hi-

jos la libertad más preciosa, la mas necesaria al hombre: la libertad económica.

«He recorrido casi todo el mundo, y en todas partes he visto, que, sobre ciento inmigrados, los noventa, que sabían un oficio, encontraban facilmente medios con que ganar su subsistencia; mientras que los literatos, los hombres de pluma, difícilmente hallaban colocación, viéndose reducidos, por no morirse de hambre, á tener que tender la mano á los obreros.

«Dicese que, antiguamente, los reyes de Francia hacían aprender un oficio á sus hijos; lejos de mi la idea de daros dichos reyes por ejemplo; pero yo conozco que en esto obraban cuerdatamente, y os aconsejo que hagáis otro tanto.

(*Risas y aplausos.*)

«Ya advino que queréis que os hable de política. Pues bien, escuchad:

«Se os habrá dicho, hasta la saciedad, que el pueblo no debe ocuparse de política; y esto es una impudente mentira. Si; vosotros debéis ocuparos de política, mucho más que todas las demás clases de la sociedad, porque la política debe ser el resultado de la participación de la mayoría; y la mayoría sois vosotros, el pueblo. (*Aplausos frenéticos.*) Mi querido amigo Cairoli, patriota esclarecido y enérgico, por el proyecto de ley que ha presentado á la Cámara, pide el sufragio universal. Yo haré cuanto esté de mi parte para que este proyecto sea adoptado. Y si vosotros lo queréis resueltamente, al fin lo obtendremos. (*Estrepitosos aplausos.*)

«Ahora que he hablado de vosotros, me toca hablaros de mi. No creáis que yo haya dejado de ser revolucionario; los que esto os dicen, mientan á sabiendas; yo soy siempre el mismo; y tan revolucionario soy ahora, como lo he sido toda mi vida. Cuantas veces se tratase de derribar lo malo para reemplazarlo con lo bueno, me encontraréis siempre en mi puesto, para trabajar como verdadero revolucionario. (*Aplausos.*)

«Una palabra tengo todavía que deciros, acerca de la cuestión religiosa. (*Atención.*) Si; ha llegado ya el tiempo, que á la religión de la superstición, suceda la religión de la verdad. En la antigüedad hubo aquí, en Roma, sacerdotes de Júpiter y de Venus. Y estos falsos sacerdotes han desaparecido. Ahora toca el turno á los falsificadores de supersticiones, que deben desaparecer (*Aplausos.*) El tiempo de los Papas, de los Obispos,

de los Sacerdotes, ha pasado: la revolución se los llevará, sin necesidad de recurrir á la violencia. La idea moral, la dignidad de la conciencia humana, y de la razon rehabilitada, los aplastará.

«Creedme; yo no quiero mal al Papa, como institución. El Papado, á lo menos en principio, ha prestado grandes servicios á Italia. (*Murmulos y cuchicheos.*) Ha conservado tantos manuscritos, que sin él hubieran desaparecido! Mas, lo repito, ha pasado ya la época del Papado. (*Aplausos.*)

«Otro consejo tengo que daros, y será el último. El pueblo inglés, en mi opinión, es, entre los pueblos modernos, el que más se parece al pueblo romano—antiguo, á vuestros antepasados. Imitadle, pues, y sed, como él, un pueblo hábil, ordenado, robusto, imponente. Unid la prudencia y la constancia á la fuerza y á la resolución. El inglés nunca se deja espantar por las desgracias, ni se desvia por nada, ni por nadie, de su objeto. Tal es el consejo de vuestro amigo, de vuestro hermano! (*Prolongados aplausos y gritos de viva Garibaldi, viva el hijo del pueblo!*) (1).

El banquete duró unas tres horas; pero el héroe, alegando que su salud no le permitía tomar nada, se limitó á que le ceharan un dedo de vino en un vaso, y luego, levantándose con el vaso en la mano, dijo:

Brindo por Roma, por esta grande iniciadora de la libertad y del progreso.

Dichas estas palabras, fué transportado en brazos hasta la carroza municipal, donde el síndico Venturi se sentó á su lado, y conducido á su domicilio.

N.

(*Journal de Florence*, 16 de Febrero 1873.)

(1) Hé, aquí, el definitivo V. & victis; dirigido por la *Franc-Masonería europea*, representada por Garibaldi; al Papa, al Sacro Colegio y al Clero de Roma!

N.

A PROPOSITO DEL DISCURSO DE GARIBALDI.

Nos escriben de Roma:

El héroe, despues de haber coordinado su discurso, se dirigió al pueblo, en los términos que referimos en nuestro número anterior. Ahora, nos permitiremos examinar las ideas expresadas por Garibaldi.

Por de pronto, esas ideas están en completa contradicción con sus innumerables cartas, y con su furioso libro de los *Mil*, dándonos así una prueba, de que la moderación actual del héroe es un artificio, que entra en el programa de la secta, y tiene por objeto extraviar la opinión de la parte del público, que no está iniciado en los misterios de lo porvenir.

Garibaldi no ha juzgado conveniente hablar de la canalización del Tiber, ni del saneamiento del Campo romano: ha comprendido, que esos dos temas, con los cuales se quiere tener adormecida la monarquía, no serían del gusto de las sociedades obreras.

Después de un lugar común, sobre Roma y sobre los cartagineses, ha aconsejado á los obreros, que permanecieran fieles á su clase, y que hicieran obreros, como ellos, á sus hijos.

Ese consejo no sería malo, si la secta no se propusiera pervertir á los obreros, desviándolos de la Iglesia, y haciendo de ellos, merced al sufragio universal, un instrumento de tiranía revolucionaria y de permanente desorden social.

La Iglesia, que es esencialmente pueblo, nunca ha dirigido á los obreros un consejo tan severo: sin cesar ha invitado á los hombres, á contentarse con el estado en el cual la Providencia les ha colocado; pero, sin cesar, también ha abierto sus cariñosos brazos al pueblo, que ella enseña, y entre cuyo pueblo, con frecuencia, escogió á sus Sacerdotes, á sus Obispos, y Papas.

Más prescindamos de ese detalle; si bien es lo único que su discurso tiene de sensato.

Garibaldi, hablando un poco de política, ha elogiado á M. Cairoli «esclarecido y energético patriota» que patrocinó en la Cámara el proyecto del sufragio universal, el solo medio de mezclar á los obreros en la política, y de depositar en manos de esos ciegos

la suerte de los imperios. Esto es un poderoso reclamo en favor de M. Cairoli, á quien Garibaldi parece designar como sucesor suyo; es, además, un velo enmascarado, arrojado al régimen monárquico, el cual sabe muy bien, que la adopción del sufragio universal sería su inmediata ruina.

Observando, sin embargo, que su público permanecía frío como el hielo, Garibaldi quiso enardecerlo con una palabra, que produjo el efecto deseado.

«No creáis que yo no sea revolucionario, exclamó; ¡lo soy tanto como en 1849!»

Eso es lo que se llama hablar claro: en 1849 había república, se había arrojado de Roma á la monarquía, se pronunciaba la proscripción del Papa, se quemaban los coches de los Cardenales, se saqueaban las iglesias, se fusilaba á los sacerdotes en San Calixto, se cometían en el Transtevere las infames profanaciones que el R. P. Bresciani ha descrito en su *Judío de Vérona*. El terror lo dominaba todo; la sangre y las lágrimas corrían por todas partes.

Garibaldi, pues, suspira por esa era de libertad, y llama á eso «aniquilar el mal para producir el bien.»

Cuando se sabe, con el Papa, que los sectarios pervierten el sentido de las palabras, llamando mal al bien, y bien al mal, fácil le es á cualquiera calificar esta extraña y ridícula salida.

Empero esto no basta: Garibaldi siente la necesidad de hablar del sacerdote. Compara á los sacerdotes de Jesucristo, con los sacerdotes de Júpiter, y de Venus de la antigua Roma: así, como pasaron los unos, pasarán los otros, exclama, porque su tiempo ha concluido. Pero el tiempo depende de Cristo, que es Eterno: el tiempo pasa, y las palabras de Jesucristo no pasarán. Estas palabras sostienen á la Iglesia, y la rejuvenan sin cesar: le dan una vida y una juventud, contra las cuales el tiempo nada puede.

Garibaldi, á la religión de la superstición, quiere substituir la religión verdadera; ¡hé ahí, su idea moral!

Pero las palabras, *Verdad* y *Moral* tienen una significación diferente para la secta: su *Verdad* es el error, y su *Moral* la corrupción.

La palabra, con que termina su discurso, es una adulación al pueblo inglés, al pueblo menos democrático del mundo. La traducción libre de esa palabra es la siguiente:

Dadnos dinero para nuestras pretendidas empresas del Tiber y del Campo romano. Con vuestro dinero, nosotros acabaremos con la monarquía y con el Papado.

E.

(*Journal de Florence*, 17 de Febrero 1875.)

CRÓNICA ROMANA SOBRE GARIBALDI.

I.

CARTA DE GARIBALDI.

Según telegramas de Roma, Garibaldi ha llegado ya á dicha ciudad, el 24, siendo recibido en la estación por el Sindaco; la municipalidad y las sociedades de los obreros. La siguiente carta del ex-dictador, dá á conocer el objeto que éste se propone con su viaje á Roma.

Las ideas del héroe de ambos mundos están condensadas en esta carta, que ha dirigido á M. Stefanoni, presidente de la sociedad de los *libre pensadores italianos*.

«Stefanoni: no he aceptado el donativo del Parlamento, y espero que mi conducta merecerá vuestra aprobación.

«Opino que ha llegado el momento de descargar el último golpe contra la secta clerical (*setta pretina*), y de entrar resueltamente en el tercer período de la civilización, á que tiene derecho la Italia, proclamando la religión de la verdad.

«Aprera, 9 de Enero 1875.

«Vuestro GARIBALDI.»

II.

Se ha teleografiado á un periódico de provincia lo que sigue:

«Garibaldi, dando cuenta á sus amigos de la conversación de media hora, que tuvo á solas con Victor Manuel, les dijo: que habiendo hablado al soberano de las aspiraciones del partido democrático, el soberano

le respondió evasivamente, que dejaba los negocios políticos á sus ministros.

III.

El presidente del Consejo de ministros, M. Minghetti, ha visitado esta mañana á Garibaldi, en su quinta. Ha tenido con él una conversación larga y amistosa. Garibaldi, dicen algunos de sus amigos, parece llamado al Gobierno, á menos que el Gobierno no sea llamado por Garibaldi. Muchos temen, otros se indignan. Pero lo cierto es, que ni unos, ni otros están en el secreto de la comedia, que se está representando.

IV.

Pianelli es bastante conocido en Italia, y bien podemos dispensarnos de repetir su biografía. Después de haber intentado en vano hacerse nombrar obispo cismático, ha atravesado otra vez los Alpes, y ha escrito á Garibaldi, para obtener de él la consagración de Gran Lama de la *religion del deber*. El héroe, sin prestarse de lleno á satisfacer los deseos de ese degradado, le ha contestado en los siguientes términos:

«Mi querido arzobispo, hallándos, como os hallais en la senda de la verdad, marcháis con valor hacia la emancipación de las conciencias.

«Os felicito por ello, en nombre de la humanidad engañada, y soy,

«Roma, 5 de Febrero 1875.

«Vuestro: G. GARIBALDI.»

Es sabido que el querido arzobispo, ni siquiera es sacerdote.

V.

Garibaldi, á quien se suponía enfermo, dió ayer un paseo; embarcándose para Ostia en una de las pequeñas barcas de la compañía de Welley; sin embargo, el agricultor de la quinta Severini no pudo tomar tierra en la embocadura del Tiber; no hizo más, casi, que tocar la barra, y luego regresar á Roma.

Un tal M. Semenza, que se había trasladado á Ostia, para explicar su proyecto gigantesco de abrir un gran puerto mercantil, tuvo que volver á doblar sus planos, aguardando mejor ocasión.

Algunos ingenieros han intentado sorprender á Garibaldi, presentándole una relacion detallada e impresa de sus proyectos; y hé aqui que una mañana fué á tomar el tomo LXXV del diccionario de Moroni, y en la palabra *Tiber*, encontró dicha relacion, palabra por palabra. El libro de Moroni fué impreso en 1853. Bien puede decirse aqui *Nihil sub sole novum*. Pero lo más triste es, que el mismo Moroni asegura, habet tomado esta relacion de una publicacion hecha en 1696, por Francisco Onorati.

Luego; los Papas estudiaron, mucho ántes que Garibaldi, el proyecto del canal.

VI.

La inauguracion del templo masónico de Roma, se verificará el 4 de Marzo. Este templo es un cuarto alquilado, n.º 49, calle de la Valle. Garibaldi asistirá á la funcion.

VII.

El día 8 del actual (Febrero) es el aniversario de una batalla ganada por Garibaldi en el Uruguay; por este motivo han ido á Roma, para felicitarle, los señores Mugarinos, Cervantes y Dias, representantes de aquella república en París y Roma.

VIII.

El corresponsal de un periódico extranjero en Roma, dice, que habiéndose indicado á Garibaldi que convendría dar su nombre al canal proyectado, para torcer el curso de las aguas del Tiber, contestó el héroe:

«No, debe llamarse canal Victor Manuel.»
Después de dar esta noticia, exclama, y, á nuestro juicio, con razon, el periódico del cual la tomamos:

«Continúa la comedia!»

IX.

Leemos en un periódico de Roma, que Garibaldi celebra frecuentes conferencias con los gran maestros de la masonería italiana. Créese, sin embargo, que su reciente visita á Victor Manuel, le ha enagado las voluntades de muchos de sus sectarios; y que si se resolviera á presentar alguna proposicion al Congreso, más de 30 diputados de la izquierda se negarian á votar con él.

X.

Los periódicos de la democracia conocen ya el proyecto de Garibaldi para mejorar las condiciones del Tiber. Consiste en abrir un canal, que, partiendo del Aniano, cerca del monte Mammolo, vaya á desaguar en el mar cruzando el Campo romano.

El Aniano se junta al Tiber, y el canal en proyecto, de poco serviría para impedir las inundaciones en el Campo romano.

Frecuentemente el Tiber desborda, sin que el Aniano le lleve más que su contingente ordinario de agua: el peligro de las inundaciones, proviene, casi siempre, de los afluentes de la Umbria y de los Apeninos; y, por consiguiente, el canal de Garibaldi sería inútil para las aguas procedentes de esta parte.

Tampoco serviría para regar el Campo romano, pues, ha de atravesar terrenos tan accidentados, que solo una pequeña zona pudiera regarse. La apertura de este canal fué estudiada muchos años há; y Garibaldi, no pasa, en este asunto, de un ridiculo plagiarlo.

XI.

Garibaldi se ha instalado por largo tiempo, al parecer, en la quinta Severini, situada á poca distancia de la puerta Salaria. Varias diputaciones van todavía á visitarle; sin embargo, la agitación producida por su llegada se ha calmado ya mucho.

Se desmiente, que el príncipe Torlonia haya ido á felicitarle, ó le haya enviado su tarjeta.

Parece enteramente absorto Garibaldi por sus proyectos del *Agro Romano* y del Tiber. Organizará, para realizarlos, una compañía en comandita, ó anónima, en la cual Victor Manuel se suscribirá por la suma de un millon de florines. Esta será una manera cortés de hacerle aceptar la subvencion, que hasta ahora ha rehusado recibir.

XII.

Abandonado ya el proyecto de Garibaldi, por irrealizable, trata de desquitarse, estudiando antiguos trabajos sobre la construccion de un gran puerto de mar, entre Fluminico y Ostia.

Un periódico, que recibe las inspiraciones de M. Visconti Venosta, se manifiesta enlusiado por esta idea. «El puerto de Fluminico-Ostia, dice ese periódico, dará tal movimiento al comercio, que pronto proporcionará á Italia recursos pecuniarios.» Calculando, por término medio, las ventajas que resultarían de este nuevo puerto, cree el periódico en cuestion; que «la suma de beneficios no bajaría de cuatro á cinco millones anuales.»

De la colonizacion tan ponderada del *Agro romano*, y de la fertilizacion de 200 mil hectáreas de tierra, por medio de la irrigacion, ya no se habla siquiera.

XIII.

Anuncia un periódico, que los artistas garibaldinos van á pintar sobre tela las escenas de la entrada del héroe en Roma, su excursion al monte Pancraccio, su visita al Rey, y, por último, el acto de prestar juramento de fidelidad á la monarquía. Todo esto tendrá una semejanza notable con las estampas del 89, que nos recuerdan el regreso de Versalles, Mirabeau jurando fidelidad á la monarquía, y otros episodios, que precedieron al 93.

XIV.

Los personajes ocultos que nos han enviado á Garibaldi, continúan en su tarea de glorificar al héroe, preparándole de esta suerte, partidarios y satellites para el día en que sea preciso obrar. Ayer, un batallon de reducidos de las campañas garibaldinas, con música á la cabeza, se dirigió á la quinta Severini, donde Garibaldi le pasó revista.

Llegado que hubo el batallon á la quinta, formó en orden de parada, mientras que la música tocaba un himno nuevo. Entonces Garibaldi subió con el síndico de Roma, en un carruaje descubierta, y pasó por el frente de batalla de dichos brazos; luego desfiló el batallon delante de él, según las reglas del arte militar. Después, el batallon regresó á la ciudad, precedido de la música, disolviéndose en la plaza de Termini.

Mientras tanto, la policía y el gobernador de la plaza tomaban disposiciones extraordinarias para proteger, decian, al Vaticano. Dos compañías de linea estaban sobre las armas en el castillo de San Angelo, numero-

sas patrullas de gendarmes y agentes de policía circulaban al rededor de los muros de la puerta Cavalleggero y de la puerta Angélica; precauciones que daban demasiado á entender que se temía por el Papa.

XV.

Los voluntarios de los *Vosgos*, que se hallan hoy en Roma, han querido tambien, á su vez, asegurar á Garibaldi; que están á su disposicion para el día que los llame para el rescate (*riscoosa*).

Estas remisiones en masa, estas revistas, con el cortejo de aclamaciones salvajes, debieran abrir los ojos al Gobierno, en el supuesto de que no sea cómplice suyo.

XVI.

Un órgano ocioso del Gobierno francés, nos comunica las noticias siguientes, que nuestros lectores pueden cotejar con nuestro artículo titulado: *La secta se quita la máscara*, que insertamos en otro lugar:

Otro de nuestros corresponsales nos indicaba, hace algunos dias, que cierto número de personas sospechosas se dirigian á Roma. Con algun fundamento puede temerse, que ciertos obreros, pertenecientes todos á la Internacional, emigran á Italia, con algun fin, que, en este momento, es difícil precisar. Un despacho de la agencia Havas nos participa, por otra parte, que Garibaldi ha recibido en Roma á los voluntarios de los Vosgos. Con este título servian, sin duda, durante la guerra de los franceses contra los prusianos, y por puro patriotismo, algunos hombres apreciables; pero preciso es confesar, que con ellos militaban otros muy miserables y de la peor especie. ¡Oh! quien olvidará podrá los excesos «garibaldinos» cometidos en Autun!

Terminada la guerra, una parte de esos últimos, se alistaron en la bandera de la insurreccion en París, ó fueron á Marsella, para realizar la tentativa del mes de Abril. Desde hace cuatro años, esos soldados de la peor de las demagogias, desaparecieron, como si la tierra se los hubiese tragado. En efecto, después del 24 de Mayo, de tal manera se habian ocultado, que, al parecer, ya no existian. Otra parte pasó á España. Ahora bien: la llegada de Garibaldi á Roma,

ha sido como una señal, y so pretexto de proporcionarse trabajo en el *Agro Romano*, esas gentes sin oficio, se trasladan en pequeños grupos a la Ciudad eterna. La atención del Gobierno italiano, pues, debe fijarse especialmente en esta extraña inmigración del carácter más sospechoso, y en vigilar muy de cerca los designios y los medios de subsistencia con que cuentan hoy tales malhechores políticos.

E.

(*Journal of Florence*, varias fechas del mes de Febrero 1873.)

LA SECTA SE QUITA LA MÁSCARA.

Por la gracia de Dios, nosotros so somos republicanos, y, por consiguiente, no deseamos el advenimiento de la república, aún cuando debieran en Roma surgir de ella, más adelante, cambios favorables, puesto que no es lícito, a nuestro juicio, deseñar un mal mayor, para sacar de él un bien cualquiera.

Sin embargo, insistimos hoy, más que nunca, en lo que repetidas veces hemos dicho, a saber: que el régimen, llamado constitucional fue inventado por la secta, para conducir gradualmente los Estados a la república.

La teoría constitucional no se apoya en principios estables, sino que descansa en principios moviedos de suyo, de manera, que hoy, no hay ni un solo principio que no sienta temblar el suelo que pisa, y las gradas de su trono. Imaginándose alejar el peligro, los príncipes se han apresurado á inscribirse en la Franco-Masonería, á poca diferencia, como se inscribiría cualquiera en una compañía de seguros sobre la vida, ó contra incendios. Empero nosotros persistimos en creer, que esta precaución les perjudica muchísimo más que no les aprovecha. Nadie, absolutamente nadie, sabe más de la secta, que lo que ella tiene á bien que se sepa; así que, los príncipes, léjos de dominar ni dirigir la secta, después de inscritos en ella, muy al

contrario, son ellos los conducidos y dominados.

El periódico que, desde la muerte de Sonzogno, su director, trabaja con ahínco para conservar algo de su reputación hostil al Gobierno monárquico, ha estado feliz en el artículo, que ha publicado hoy, con el título de: *Los Federales*, artículo, que pone las cosas en su punto.

Segun el autor, los *Federales* son políticos, que toleran los regimenes monárquicos constitucionales, para desarrollar á su sombra, el régimen revolucionario puro, ó republicano. Tales son los federales de Inglaterra, de Alemania, de Francia y de Italia.

Maquiavelo llama á la forma del gobierno representativo, tal como se practica hoy en Europa, «un puente echado entre el poder absoluto y el poder popular.» Es un camino, que es preciso recorrer, para evitar un salto demasiado peligroso, y preparar, en alguna manera, á los pueblos, á acatar y amar la libertad; sin caer en los extremos, que, á veces, pudieran oponer algun obstáculo al desenvolvimiento natural de la vida política. En suma, esto mismo es lo que, hablando claro, dice el periódico, que dirige el desgraciado Sonzogno, la *Capitale*.

Segun este periódico:

«A las *cartas ó constituciones*, llamadas *actas mortuorias de la libertad*, les cuadraría mejor, el título de pasaportes de contratos bilaterales, etc. ¿Qué son, sino, concesiones de la monarquía, de una parte, que lo quisiera todo para sí; concesiones de la otra, del pueblo, que de una sola vez no pueden apoderarse de todo?»

¿No es esto hablar claro? Oigámoste todavía:

«Es una transacción entre lo pasado y lo porvenir; la federación entre los hombres, que por escapar de lo peor, se adhieren á lo transitorio, con la idea, de irlo despojando paulatinamente de su costra grosera, purificarlo, pulirlo, simplificarlo hasta la última expresión, y reducirlo, por fin, á la nada... Justo es, pues, que al abírse camino el pueblo para procurarse la libertad de que necesita, se sirva de los medios que los malos amos, ó las circunstancias, ponen á su disposición.»

Ni una sola palabra hemos subrayado: fuera superfluo; el lector convendrá con nosotros, que eso es hablar sin renigos.

Escuchad lo que sigue:

«Mazzini, la inteligencia más privilegiada de nuestro siglo (*oh! oh!*) escribía á Carlos Alberto y á Pío IX; Garibaldi (*es también una inteligencia que se pierde de vista*), acepta la fórmula: *Italia et Vittorio Emanuele*, y bajo la bandera de la monarquía se consumó la revolución, porque era necesario dar á la Europa monárquica una apariencia (!!) de garantía. Verdad es, que los pueblos juzgan de las formas de gobierno por las ventajas que de ellas reportan; pero, lo es también, que si aceptan transitoriamente un gobierno menos malo que los gobiernos que le han precedido, no lo consideran sino como medio de obtener otro mejor.»

No cabe á nuestro juicio, expresarse con mayor franqueza; tanto, que aquí cree prudente la *Capitale* no llevar sus apreciaciones más adelante: conoce que pisa un terreno candente, y se apresura á concluir, diciendo: «al buen entendedor con media palabra basta.» Y termina así:

«La libertad marcha siempre adelante, derribando cuantos obstáculos se oponen á su paso.

«¡Aviso á los interesados!»

Hemos creído útil llamar la atención sobre los párrafos transcritos; aún cuando con ellos nada aprenderán que ya no sepan nuestros habituales lectores, que hace tiempo tienen la vista fija en los propósitos de la secta.

Pero les rogamos, que comparen, si pueden, esos propósitos de la secta, con las panotimias de Garibaldi, del *héroe*, de ese *milagro de honor*, como se complacen en apellidarle sus adoradores.

Ese *milagro de honor* fué á estrechar la mano del rey; recibe, luego, la visita del príncipe Humberto, heredero de la corona, también le estrecha la mano, y solicita ser presentado á la princesa Margarita, la cual quedará encantada al recibirle; al mismo tiempo que para él, *milagro de honor*, el rey, el príncipe y la princesa, no son, á sus ojos, otra cosa que *medios*, semejantes á los de la canalización del Tíber, y el saneamien-

to del Campo romano, para llegar á la república.

«Soy revolucionario como en 1819,» dijo Garibaldi á las sociedades de obreros.

«Al buen entendedor con media palabra basta.» añade el periódico la *Capitale*.

O.

(*Journal of Florence*, 23 de Febrero 1875.)

CIRCULAR

DEL MINISTRO DE JUSTICIA, RECOMENDANDO Á LOS AGENTES DEL GOBIERNO DE ITALIA, QUE VIGILEN Á LOS PREDICADORES EN LAS IGLESIAS.

El ministro de Justicia de Victor Manuel, M. Vigilani, acaba de dirigir, en forma de carta, al procurador general del tribunal de apelación de Roma, una circular importantísima, que viene á iniciar una nueva fase de la persecución de la Iglesia en Italia, prevista y anunciada desde hace algun tiempo. En dicha carta se recomiendan muy particularmente á la autoridad judicial los actos del Sacerdote, y se coloca á los predicadores, bajo la vigilancia inmediata de los agentes de policía. Estos son los llamados á juzgar del mérito é importancia de las palabras, que se pronuncian en la cátedra sagrada; y dicho se está, que el exceso de celo, secundado por la ignorancia y la mala voluntad, van á dar margen á las denuncias y vejaciones más arbitrarias.

En otro paraje de dicha circular se dice, que si bien la ley de las garantías concede al Papa amplia libertad para pronunciar discursos, no exime en manera alguna de responsabilidad, á los que los reproduzcan ó difundan.

Héridos los revolucionarios italianos por la entereza del Papa, y las verdades que contienen sus discursos, quieren, ya que no les sea posible imponerle silencio, impedir, á lo menos por medio de esta tortuosa é inícuca interpretación, que sus palabras puedan circular impresas, y ser conocidas del pueblo católico.

Serán procesados también, segun el tenor

de la referida circular, todos los que en las exposiciones al Vicario de Jesucristo digan algo contra las instituciones vigentes en Italia.

De esta manera, el Gobierno de Victor Manuel sienta las premisas de una serie de medidas injustas y vejaciones contra el Clero y las instituciones católicas.

A PROPÓSITO

DE LA CIRCULAR DEL MINISTRO DE JUSTICIA, RECOMENDANDO A LOS AGENTES DEL GOBIERNO QUE VIGILEN A LOS PREDICADORES.

La carta que M. Vigiiani, ministro de gracia y justicia, ha dirigido al Tribunal supremo de Roma, ha excitado la indignación en nuestro pueblo católico, y es el tema de todas las conversaciones. Si bien he dado ya un rápido análisis de dicha carta, sin embargo, será tan profunda y triste la sensación que producirá en el mundo, que me creo obligado a comunicar á mis lectores las nuevas reflexiones, que una lectura mas detenida me ha sugerido. Se diría que esta carta está escrita por el mismo Bismark, y por cierto, que el que la ha dictado, abraza los mismos sentimientos, que el ministro superior de la seccia, contra la Iglesia católica, y el augusto Vicario de Jesucristo.

Recomendando á los agentes de policia, que vigilen á los sacerdotes encargados de anunciar á los fieles la palabra de Dios, que recojan con cuidado todas las palabras que salgan de sus labios, por ver si en ellas se halla algun pretexto para maltratar á esos ministros de Dios, Vigiiani sanciona un sistema odioso de espionaje, que, en suma, existia ya, pero que no habia recibido aún el carácter de legalidad.

El ministro no explica claramente en su circular los motivos de esa recrudescencia de persecucion: solo se queja, de una manera general, de que los predicadores lancen contra el Gobierno toda suerte de ultrajes (*vittuperii*), y anuncien su *caída irreparable* (sic).

He dicho, que los predicadores estaban ya sujetos á las vejaciones de los hombres del

poder. En todas las partes de Italia, los hemos visto condenados á multas y á prision, por haber hablado, desde la cátedra, con la santa libertad, que conviene á los ministros de Dios. Si se reunieran los procesos incoados contra ellos, se los contaría por cientos. Pues bien, ¿que resulta de la mayor parte de esos procesos? Que los predicadores estigmatizan el vicio, lanzan un anatema contra el reinado del mal y del desorden, y anuncian, que, á pesar de los esfuerzos de Satanás y de sus satélites, el reinado del mal no durará siempre, sino que la justicia y la verdad, al fin, triunfarán.

Cuando á sangre fría, y sin espíritu de partido, se examina esta cuestion ¿no debe sorprendernos, que los hombres del Gobierno, quiero decir, los que están obligados, por la naturaleza misma de sus cargos, á impedir la difusion del mal, y á favorecer los progresos del orden publico, se dediquen, al contrario, á perseguir á los que predicán la moral, y se ensañen contra los que estigmatizan los progresos del desorden? Cuando un ministro del Señor pinta la fealdad del vicio, y los males que causa á la sociedad; ¿creen, quizá, M. Vigiiani y sus colegas, que hacen su retrato? ¿Acaso, cuando un predicador anuncia la victoria y el triunfo final de la virtud sobre el vicio, de Jesucristo sobre Satanás, los hombres del Gobierno ven en sus palabras, el anuncio y presagio cierto del trastorno del régimen que presiden?

Tal vez la palabra que el sacerdote dirige á un auditorio pacifico é inofensivo, tiene un poder mágico para precipitar esta ruina? Toca al lector responder.

Para paliar, en alguna manera, el carácter odioso de la proteccion concedida á los eclesiásticos, desobedientes á sus obispos, el ministro Vagiiani se empeña en ver en ellos victimas políticas.

He aquí, un hecho, que el ministro oficialmente podrá negar: los desgraciados sacerdotes, que, victimas de las aberraciones políticas, anteponen sus opiniones personales al sentir del Supremo Pastor de la Iglesia, raras veces son irreprehensibles en su conducta privada, sino que, con frecuencia, alligen con sus desórdenes á las poblaciones, en medio de las cuales viven. En cuanto á esto, nosotros hemos oido diferentes quejas, y hasta por órganos de los periódicos mas hostiles á la religion. Entre los ministros de

Dios, los extravios de la política van, de ordinario, acompañados de falta de dignidad en la conducta, como lo prueba la experiencia.

M. Vigiiani, en vez de colocarse al lado de esos desgraciados eclesiásticos, debiera, por el contrario, apoyar á la autoridad eclesiástica, que legitimamente los castiga.

En punto á la amenaza dirigida á los periódicos, que reproduzcan los discursos del Papa, nosotros hallamos, en verdad, poco digno de la autoridad, la cual se vanagloria de haber revestido al Papa de las prerrogativas reales, el poner las palabras del Vicario de Jesucristo al mismo nivel que los artículos ordinarios de los periódicos.

Leáanse las alocuciones pontificias, y se verá, con cual delicadeza y reserva el augusto prisionero del Vaticano habla de los dolores de la Iglesia, y de los atentados que la impiedad renueva cada dia, contra la obra de Jesucristo sobre la tierra. Si la mala prensa ha levantado varias veces el grito, contra ciertas expresiones del Papa, solo lo ha hecho despues de haber desnaturalizado el sentido de esas expresiones. Ella ha tenido que recurrir á ese triste subterfugio, para encontrar un pretexto á sus recriminaciones. Pues bien; ¿no es afflictivo, que en lugar de tener en cuenta la moderacion, con que el Vicario de Jesucristo reviste la declaracion formal de la verdad, á la que no puede faltar, el gobierno italiano deje al capricho de un procurador del rey cualquiera, el derecho de encadenar la palabra del representante de Dios sobre la tierra, y de impedir que llegue hasta los fieles, á quienes debe edificar é instruir?

Advertiase, que las amenazas de M. Vigiiani contra los periódicos católicos, que reproduzcan las palabras del Papa, no se ex-

tienden á los periódicos sectarios, que las reproducen desnaturalizando su sentido, y convirtiéndolas en blanco de sus groseras burlas. Asi, de una parte, veremos á los enemigos del Papado, arrojarse sobre algunas frases aisladas, que se les entregarán, por decirlo asi, de las alocuciones pontificias, como los buitres sobre una presa, ansiosos de devorarla; y de otra, á los defensores del Papado en Roma y en Italia, reducidos á la impotencia de responder á esos ataques, reproduciendo las alocuciones. Quiéralo ó no, el ministro de justicia, esa es una de las consecuencias de las medidas de rigor con que amenaza á la prensa católica.

El respetable M. Vigiiani tiene sumo cuidado de recordar en su Carta-circular, las libertades que la ley de las garantías promete al Papa, y habla particularmente de la inviolabilidad y de la plena libertad del soberano Pontifice en cuanto á sus discursos. Pero, francamente hablando, á fuerza de querer ser sutil en las distinciones, se llega á ser ridículo; y por mas que Vigiiani sea ministro, está sujeto á esa ley: ¿qué significa la libertad de hablar, si la palabra no llega á los que tienen interés en conocerla, y á quienes está destinada? Es una ironía reconocer en el Papa la libertad de hablar, si se impide que sus palabras lleguen hasta los católicos, á quienes van dirigidas, y que tienen sumo interés en conocerlas, para conformar su conducta con la voluntad y enseñanzas del Jefe Supremo de la Religion. La orden Vigiiani significa, hablando en puridad: *El Papa es libre de hablar, siempre que no se dirija más que á los mauros de su prision.*

X.

(Journal de Florence, 19 de Febrero 1875).